

ELISA ESTÉVEZ LÓPEZ *

LA FAMILIA EN EL CRISTIANISMO PRIMITIVO. LECCIONES E IMPULSOS PARA HOY

Fecha de recepción: enero 2013.

Fecha de aceptación y versión final: febrero 2013.

RESUMEN: La andadura del cristianismo en cuatro primeros siglos nos acerca a una experiencia en la que padres y madres fueron realmente para sus hijos los primeros predicadores de la fe, mediante la palabra y el ejemplo. Este artículo se centra en las obras que abordan de manera más directa cómo la familia fue un ámbito específico de crecimiento y transmisión de la fe. En estos documentos cristianos encontramos exhortaciones y consejos acerca de los contenidos, los métodos y los fines de la educación de los niños. Estos testimonios son relevantes ante los retos que afrontan las familias en la actualidad de cara a la educación cristiana de sus hijos.

PALABRAS CLAVE: familia, cristianismo primitivo, experiencia de fe, transmisión de la fe, conductas creyentes.

The family in early Christianity. Lessons and impulses for today

ABSTRACT: The march of Christianity in the first four centuries testifies to how fathers and mothers were for their children the first preachers of the faith by word and

* Profesora de la Facultad de Teología de la Universidad Pontificia Comillas de Madrid; eestevez@teo.upcomillas.es

example. This article focuses on the works that best reflect how the family was an area of growth and transmission of the faith. In these Christian documents we find exhortations and counsels about the contents, methods and purposes for education of the children. These testimonies are today relevant for a Christian education.

KEY WORDS: family, early Christianity, experience of faith, transmission of the faith, behaviour of believers.

Celebramos estas IX Jornadas de Teología sobre «Matrimonio y familia: atención y cuidado» pocos días después que haya comenzado el Año de la fe. La conmemoración de este año se presenta como una ocasión propicia para sentir de nuevo la invitación a crecer en la fe viviéndola «como experiencia de un amor que se recibe y se comunica como experiencia de gracia y gozo». Un año que el Papa desea que «suscite en todo creyente la aspiración a *confesar* la fe con plenitud y renovada convicción, con confianza y esperanza... ocasión para intensificar la *celebración* de la fe en la liturgia, y de modo particular en la Eucaristía...» un año en el que Benedicto XVI espera «que el *testimonio* de vida de los creyentes sea más creíble», y en el que se redescubran «los contenidos de la fe confesada, profesada, celebrada, vivida y rezada», y en el que se reflexione «sobre el mismo acto con el que se cree»¹.

Por este motivo, en esta conferencia he elegido hablar de la familia en el cristianismo primitivo como el ámbito en el que hombres y mujeres, niños y ancianos, esclavos y libres, fueron llamados a vivir su fe y a dar testimonio de su ser cristianos. He optado, por tanto, por ahondar en la experiencia creyente que nace y crece en el seno de los grupos familiares en los primeros siglos del cristianismo, y que aporta al mundo antiguo un modo peculiar, y en muchos casos, sorprendente y contracultural, de vida.

A lo largo de esta conferencia me propongo estudiar aquellos testimonios cristianos que abordan más directamente la familia como ámbito específico de crecimiento y transmisión de la fe, y que de manera particular se centran en cómo los padres han de enseñar a sus hijos los contenidos de la fe cristiana y en cómo han de educarlos para vivir como auténticos discípulos de Jesús en medio del mundo. Pero, además, estos documentos cristianos subrayan la necesidad de ejercitarse en estilos de

¹ BENEDICTO XVI, *Porta fidei*, 2012.

vida y trabajo, en conductas y maneras de obrar que den testimonio de Cristo y sean por sí mismas elocuentes del Evangelio que creían y anunciaban.

La andadura del cristianismo en los primeros siglos nos acerca a una experiencia en la que las familias, en palabras del Vaticano II, fueron a modo de «iglesia doméstica». En ellas, padres y madres fueron realmente para sus hijos los primeros predicadores de la fe, mediante la palabra y el ejemplo (cf. LG 11; AA 11)². Volver hoy a esta experiencia que se gestó en el interior de los grupos familiares y que, sin duda, tuvo repercusiones evangelizadoras en el mundo antiguo, puede ofrecer algunas luces, que debidamente discernidas y contextualizadas en el hoy, ayude a recrear la experiencia familiar como un ámbito adecuado para crecer en la fe, la esperanza y la caridad.

Los testimonios cristianos sobre la familia en los primeros siglos dejan clara la relación dialéctica entre ortodoxia y ortopraxis. Los primeros cristianos creyeron con el corazón y con los labios profesaron (cf. Rom 10,10; Hch 16,14), es decir, se abrieron por completo y en lo más profundo de sí mismos a la experiencia de la Gracia, y se comprometieron en el testimonio público de la fe. Comprendieron también muy bien ese dicho de Jesús: «No todo el que me diga “Señor, Señor”, entrará en el reino de los cielos, sino el que haga la voluntad de mi Padre celestial» (Mt 7, 21). Por ello, la confesión de la fe y la transmisión de la misma, estuvieron siempre entrelazados con una experiencia de fidelidad en el seguimiento de Jesús y un ir haciendo suyos los valores del Reino en medio del mundo, plasmándolo en obras concretas de caridad, de justicia y de misericordia. Fueron creíbles porque sus palabras se encarnaban en hechos, y de esa manera iban haciendo suya la vida de Jesús, en quien se dio una concordancia absoluta entre su predicación y su vida³.

Los testimonios analizados llegan hasta el siglo IV, y se centran especialmente en aquellas obras que acometen la cuestión de la educación cristiana de los hijos en la familia. En muchas de ellas se refleja sobre todo la visión de las elites sociales, como en *De Inani gloria* de san Juan

² La expresión «iglesia doméstica» se utiliza en estos documentos analógicamente, sin que ello suponga que se haga sin más una aplicación de esta realidad de los orígenes cristianos a la familia en nuestros días. Véase G. LOHFINK, *Die christliche Familie – eine Hauskirche?*: ThQ 163 (1983) 227-229.

³ Cf. B. SESBOÛE, *Creer. Invitación a la fe católica para las mujeres y los hombres del siglo XXI*, Madrid 2000, 292-293.

Crisóstomo, aunque otras, como los distintos *ordenamientos eclesiásticos*, tienen detrás un auditorio mixto. Las fuentes no son descriptivas, sino más bien prescriptivas. Ofrecen exhortaciones y consejos acerca de los contenidos, los métodos y los fines de la educación de los niños. En ellas se expone el ideal que tienen acerca de la educación y, por tanto, no es posible determinar hasta qué punto este ideal fue practicado.

1. EL DISCIPULADO VIVIDO EN LAS FAMILIAS

Es habitual que las referencias al discipulado en el movimiento de Jesús y en las primeras comunidades cristianas se entiendan casi exclusivamente en términos individuales, olvidando la matriz familiar, al margen de la cual es casi imposible comprender a los hombres y mujeres mediterráneos que en los primeros siglos de nuestra era se adhirieron al movimiento cristiano.

En las sociedades mediterráneas antiguas la casa era el núcleo básico de la sociedad y la institución a la que los individuos se sentían más estrechamente vinculados. En ella se transmitían el honor, las propiedades y la condición social, las cuales, a su vez, determinaban las posibilidades de éxito en la vida. La casa era también el canal a través del cual los individuos participaban en la vida pública, y el ámbito en el que se iniciaban en la religión.

De manera particular, en el Mediterráneo antiguo fueron especialmente fuertes las conexiones entre familia y religión doméstica. Entre los griegos y romanos, cada casa tenía sus propios ritos y ceremonias (*sacra*), conocidos y practicados solo por los miembros de una determinada familia, y al margen de la religión pública. Entre los judíos, sin embargo, estos ritos y ceremonias familiares eran comunes a todas las casas, de modo que entre ellos no había diferencias notables entre el culto doméstico y la religión pública. Más aún, la religión israelita se practicaba, se transmitía y se celebraba principalmente en la casa⁴. El papel de la religión doméstica fue esencial en el mundo antiguo para mantener los vínculos familiares y reglar la conducta de cada persona.

⁴ Cf. J. M. G. BARCLAY, *The Family as the Bearer of Religion in Judaism and Early Christianity*, en H. MOXNES (ed.), *Constructing Early Christian Families*, London-New York 1997, 69.

En el judaísmo, como ya hemos apuntado, la importancia de la familia en el conocimiento y observancia de las leyes y costumbres de Israel fue esencial, así como el ámbito en el que se celebraban las principales festividades judías⁵.

La incorporación de las familias al movimiento de Jesús está atestiguada de múltiples formas en el Nuevo Testamento. Así, por ejemplo, el evangelio de Marcos deja constancia de que se está verificando un movimiento gradual de integración de las familias en el grupo de seguidores de Jesús, lo que está configurando, de hecho, un cambio en la manera de vivir el evangelio y de transmitirlo en su comunidad⁶. Por su parte, la conversión de familias enteras está atestiguada en las exhortaciones de los códigos domésticos, donde se exponen los deberes de los miembros de la familia (Col 3,18-4,1; Ef 5,21-6,9; 1Pe 2,18-3,7); y en otros textos que no tienen la estructura formal de código, pero donde se halla un material similar: 1Tim 2,9-15; 5,1-2; 6,1-2; Tit 2,-10; 3,1-2; *Didajé* 4,9-11; *Carta de Bernabé* 19,5-7; Ignacio de Antioquía, *Carta a Policarpo* 4-6; *Carta de Policarpo de Esmirna* 4,2-6,4; *1 Clemente de Roma* 1,3; 21,6-8.

Pero, además, los textos del Nuevo Testamento, y de manera particular las cartas de Pablo, ofrecen ejemplos concretos de familias que se integraron en el movimiento cristiano. La conversión de una casa fue el núcleo a partir del cual comenzó la historia del movimiento cristiano en una población determinada. En algunos casos, toda la casa/familia se convierte: como la de Estéfanos, bautizados por Pablo en Corinto (1Cor 1,16; 16,15-16); y también las casas de Gayo y Crispo, archisinagogo de Corinto (1Cor 1,14-16; cf. Hch 18,8 y Rom 16,23); la casa de Lidia (Hch 16,15) y la del carcelero en Filipos (Hch 16,31-34), bautizados también por Pablo. En las referencias de Hechos, la predicación de la Palabra de Dios y la fe

⁵ Hasta que la sinagoga no se convirtió en el lugar donde se enseñaba y se transmitía la religión judía, las familias fueron el lugar por excelencia para ello. De acuerdo con la evidencia arqueológica, no tenemos sinagogas como edificios aparte antes del siglo III d.C. (algunos autores consideran, no obstante, que las sinagogas como edificio empezarían a jugar un papel importante a partir del siglo II d.C.). Es probable que tanto en Palestina como en la diáspora, el lugar de reunión fuera en las mismas casas, al igual que lo fue entre los cristianos. Cf. H. H. KEE, *The Transformation of the Synagoge after 70 C.E.: Its Import for Early Christianity*: NTS 36 (1990) 1-24; E. M. MEYERS, *Synagoge*: ABD VI 251-260.

⁶ Cf. H. MOXNES, *Poner a Jesús en su lugar*, Estella 2005.

preceden a la recepción del bautismo (Hch 16,14.32). En el caso del carcelero, el texto lucano especifica que la Palabra les fue anunciada «a él y a todos los de su casa» (v.32). Los textos no especifican en ningún caso que fueran bautizados infantes⁷.

En otras ocasiones, sólo se convierte algún miembro de la familia: a veces, solo el *paterfamilias*, como Filemón, a quien Pablo devolverá a Onésimo, un esclavo suyo a quien Pablo había convertido (Flm 2.10). Otras veces, el *paterfamilias* podría no ser cristiano y sí otros miembros de la casa: posiblemente es el caso de «los de la casa de Aristóbulo y de Narciso» (Rom 16,10); «los de la casa de Narciso» (Rom 16,11), y los que aparecen nombrados en Rom 16,14-15 (se nombra a Asíncrito, Flegonta, a Hermes, a Patrobas, a Hermas y a los hermanos que están con ellos, a Filólogo y a Julia, a Nereo y a su hermana, Olimpás, pero no se dice nada de los cabezas de familia). De manera similar podría interpretarse el saludo que Pablo envía a Filipos de «los de la casa del César» (Flp 4,22), refiriéndose con ello a esclavos y libertos. Sabemos también de esposas convertidas al cristianismo mientras sus esposos continuaban siendo paganos. La existencia de matrimonios mixtos, con todas las dificultades que entrañaba, está atestiguada en 1Cor 7,12-16; en la 1Pe 3,1-6 y en Justino, *Apol.* II 2).

La conversión de algunos miembros de la familia y no de otros no es una novedad. Sabemos de los conflictos que se dieron ya en el período prepascual cuando algunos discípulos de Jesús sufrieron el rechazo de sus familias por seguir a Jesús; una realidad que siguió dándose en la primera y segunda generación cristiana, como queda bien atestiguado en la tradición sinóptica⁸. Y más adelante la ruptura con la familia por causa del discipulado y la misión siguió viviéndose, como puede deducirse de las *Actas de los mártires*, los *Hechos apócrifos* (por ejemplo, Tecla) y los apologetas. En otros casos, como por ejemplo en 1Cor 7,12-26, no se rompió necesariamente con la casa.

⁷ Lucas, sin embargo, menciona a los niños en Hch 21,5, al narrar que Pablo abandona Tiro en dirección a Jerusalén. Cuenta que salieron a despedirle todos, con sus mujeres y sus hijos, y que en la playa oraron todos, también los niños, se entiende: «nos pusimos de rodilla y oramos». Cf. E. FERGUSON, *Baptism in the Early Church*, Grand Rapids-Cambridge 2009, 185.

⁸ Cf. S. GUIJARRO, *Fidelidades en conflicto*, Salamanca 1998.

2. LA FAMILIA, ÁMBITO DE EDUCACIÓN Y TRANSMISIÓN DE LA FE

En las distintas sociedades en el Mediterráneo antiguo se comparte una convicción: la familia es el marco por excelencia en el que se da la educación de los infantes, lo que no excluye la existencia de escuelas a las que acuden principalmente los varones, especialmente de clases acomodadas. De manera especial, es obligación del padre como *paterfamilias* educar a sus hijos, bien ellos mismos o bien a través de otras personas como esclavos⁹. Sin embargo, también algunas fuentes hablan de esta obligación referida a ambos cónyuges¹⁰.

Existe un amplio consenso en todo el mundo antiguo sobre la importancia de la educación desde la más tierna edad justificándolo de la misma manera: durante la niñez y la juventud es posible moldear aún su conducta. Plutarco dirá «la juventud es dúctil y flexible, y en las almas de éstos, aún tiernas, penetran profundamente las enseñanzas... así como los sellos se imprimen en ceras blandas, del mismo modo las enseñanzas se imprimen en las almas de los que aún son niños»¹¹.

Esencial en la formación de griegos, romanos y judíos es adquirir un sistema de valores y creencias ajustado a la identidad social de sus grupos. En la adquisición de una ética adecuada jugaron un papel esencial los *exempla*, ofrecidos para ser imitados en sus virtudes¹²; pero también

⁹ Cf. JENOFONTE, *Mem.* II 26; PLUTARCO, *Cato Maior*, 20,4-7; SÜETONIO; *Aug.* 64; VALERIO MÁXIMO VII 7,5; FILÓN, *Spec.* II 40, 228-230. De ello deja también testimonio el Talmud: *bbb* 21a.

¹⁰ DIÓN CASIO LVI 3,1-6 anima a los miembros de la clase ecuestre a tener hijos y educarlos: «... ¿Acaso no es un placer levantar del suelo al hijo que ha nacido de vosotros dos, y alimentarlo y educarlo a él, que es imagen de vuestro cuerpo y vuestra alma, de modo que a medida que crece se va creando otro yo?». De los Gracos (siglo II a.C.), se dijo que se beneficiaron del «estilo sumamente cultivado» de su madre, Cornelia. Cf. B. RAWSON, *Children and Childhood in Roman Italy*, Oxford 2003, 197, n.115.

¹¹ Cf. PLUTARCO, *De lib. Educ.* 5. De la misma manera, san Juan Crisóstomo se expresa diciendo: «Efectivamente, lo tierno se presta a todo dado que todavía no tiene su forma propia; por eso se deja modificar cómodamente en todos los sentidos...» (*De Inani* 21).

¹² V. MÁXIMO V 8,3 habla de la importancia de colocar las *imagines* de los propios antepasados y de sus acciones honorables (*tituli*) en la entrada de la casa, para que los descendientes las conozcan y las imiten. En II 1,10 cuenta la costumbre romana de cantar en los banquetes las gestas de los antepasados, de ahí que los califique como

las costumbres que perpetuaban las tradiciones ancestrales y los estilos de vida, que contribuían a que se moldease la conducta según el ideal de la vida familiar y social desde los primeros años de vida¹³.

La adquisición de una vida virtuosa está en la base de todo el proceso educativo, en el que han de conjugarse principios, instrucción y práctica. En su obra *Sobre la educación de los hijos*, Plutarco dirá: «... para producir una actuación completamente justa es necesario que concurren tres cosas: naturaleza, razón y costumbre. Llamo razón a la instrucción y costumbre a la práctica. Los principios son de la naturaleza, los progresos de la instrucción, los ejercicios de la práctica, y la perfección de todas ellas. De modo que, según esto, si falta alguno de ellos, necesariamente la virtud es coja. Pues la naturaleza sin instrucción es ciega, la instrucción sin naturaleza es algo imperfecto, y el ejercicio de los dos, nulo» (*De lib. educ.* 4).

2.1. EDUCAR CRISTIANAMENTE A LOS HIJOS E HIJAS

El deber de educar en la fe a los hijos/as aparece ya formulado en los «códigos domésticos» o «exhortaciones domésticas», y es una constante en muchos de los escritos de los primeros siglos¹⁴. No encontramos, sin embargo, documentos completos que se ocupen específicamente de la educación cristiana de los niños hasta finales del siglo IV, con la obra de san Juan Crisóstomo, *Sobre la vanagloria y cómo deben los padres educar a sus hijos (De Inani Gloria)*¹⁵. Se hallan, en cambio, muchas referencias

«escuela doméstica». También los judíos: «[La Ley] también nos manda enseñar a leer a nuestros hijos y que conozcan las leyes y las gestas de sus antepasados, para que los imiten y para que se nutran con las leyes desde la infancia» (JOSEFO, *C. Ap.* II 26.204).

¹³ H.-I. MARROU, *Historia de la educación en la Antigüedad*, Madrid 1985; Y. L. TOO (ed.), *Education in Greek and Roman Antiquity*, Leiden 2001.

¹⁴ Entre los códigos domésticos del NT sólo Ef 5,22-6,9 contiene la referencia al deber que tienen los padres de educar a sus hijos; no así en los demás: Col 3,18-4,1; 1Pe 2,18-3,7; 5,1-5; 1Tim 2,9-3,15; 5,11-6,2; Tit 2,1-10 y 3,1-2. En los Padres Apostólicos, los distintos códigos tienen referencias a este deber de los progenitores: *Did.* 4,9-11, *1Clem* 1,3; 21,6-8; la *Carta a Bernabé* 19,5-7 y la *Carta a la Iglesia de Filipo* de Policarpo de Esmirna (4,2-6,3). Entre la documentación de los primeros siglos se hallan también *Ordenamientos eclesiásticos* como la *Tradicón Apostólica* de Hipólito, la *Didascalia* y las *Constituciones Apostólicas*, y un apocalipsis apócrifo, como el *Pastor de Hermas*, etc.

¹⁵ Para algunos autores *De Inani gloria* es una homilía del Crisóstomo perteneciente al conjunto de las homilías a Efesios, y en concreto, entra la X y la XI. El tema

a esta temática en muchas obras cristianas hasta el siglo v¹⁶. A través de estos testimonios es posible conocer no sólo la importancia de la responsabilidad de los padres en la educación de sus hijos e hijas, sino también las razones teológicas que la sustentan, así como el fin, los contenidos y medios de la educación¹⁷.

2.1.1. Responsabilidad paterno-materna en la educación de los hijos

El contexto familiar se consideró un ámbito privilegiado de transmisión de la fe y de evangelización, siendo ésta una obligación que, como dirá san Juan Crisóstomo, viene directamente de Dios, y está encaminada a que los hijos conozcan a Dios¹⁸. En sintonía con las costumbres del mundo antiguo, en el cristianismo primitivo el deber de educar a los hijos recae principalmente en el *paterfamilias*¹⁹, pero también contribuye la madre, como se deduce de 2Tim 1,5 (cf. 3,14-15). En este pasaje se recoge el testimonio de Eunice, la madre de Timoteo y de su abuela, Loide, quienes contribuyeron a que la fe arraigara en Timoteo, uno de los principales colaboradores de Pablo. La referencia sobre Eunice y Loide nos permite pensar que otras muchas mujeres, en algunos casos viudas, o bien casadas con un marido no creyente, habrían podido influir

de la *Hom. in Eph X* es el de vanagloria, el mismo de los quince primeros capítulos del *De Inani*. A continuación desarrollará esta misma temática, pero atacando la vanidad con que se cría a los hijos. Cf. *Obras de San Juan Crisóstomo. Tratados ascéticos. Texto griego, versión española y notas de D. Ruiz Bueno*, Madrid 1958, 119-120.

¹⁶ La principal obra de referencia que recoge de manera sistemática los textos cristianos de los cuatro primeros siglos referidos a la educación de los hijos es: M. GÄRTNER, *Die Familienerziehung in der alten Kirche: Eine Untersuchung über die ersten vier Jahrhunderte des Christentums mit einer Übersetzung und einem Kommentar zu der Schrift des Johannes Chrysostomus über Geltungssucht und Kindererziehung*, Kohl-Wien 1985.

¹⁷ Cf. O. M. BAKKE, *When Children Became People. The Birth of Childhood in Early Christianity*, Minneapolis 2005, 152-222.

¹⁸ «Por todos los medios manda [Dios] que se lleve a los hijos al conocimiento de Dios» (*Oppugn.* III 4).

¹⁹ Véase, por ejemplo, *De Inani* 23: «Piensa que eres un rey que tiene una ciudad bajo su dominio: el alma de tu hijo». [A partir de ahora, las citas de esta obra serán tomadas de: JUAN CRISÓSTOMO, *La educación de los hijos y el matrimonio*. Introducción, traducción y notas de M.^a José Zamora, Madrid 1997]. Con respecto al mundo judío, véase el artículo de A. REINHARTZ, *Parents and Children: A Philonic Perspective*, en S. J. D. COHEN (ed.), *The Jewish Family in Antiquity*, 61-88 (espec. 69-77).

para que sus hijos/as se adhirieran a la fe cristiana, algo muy valorado en los comienzos del cristianismo; y también habrían contribuido a su educación en la fe.

La obligación de educar cristianamente a sus hijos se deduce igualmente de la carta a Tito, donde el autor especifica que una de las condiciones para ser instituido como *episkopos* es que «sus hijos sean creyentes (*pista*), no tachados de libertinaje (*asôtiás*) ni de rebeldía (*anupotakta*)» (Tit 1,6). Es decir, quien está destinado a ser dirigente cristiano, ha de demostrar que es capaz de gobernar su casa. Su buen gobierno incluye, entre otros aspectos, la educación en la fe, que conlleva no sólo conocimientos, sino también una conducta apropiada al Evangelio, además de obedecer al padre, algo esencial en toda la Antigüedad. 1Tim 3,4 insiste sólo en la obediencia de los hijos al *paterfamilias*²⁰.

En el siglo II, Policarpo exhortará a los maridos para que adoctrinen a sus mujeres en la fe recibida, de modo que ellas a su vez eduquen a sus hijos (*Phil.* 4,2)²¹. El discurso está en línea con Timoteo, quien como un maestro autorizado de la «casa de Dios» insta a las mujeres para que aprendan sumisamente de él y de los varones de sus casas (1Tim 2,11)²², tratándolas como *objetos* pasivos. El texto de Policarpo reconoce, no obstante, que ellas son las encargadas de la educación de los infantes. Las instrucciones de la *Didascalia* (DA) 22 y las *Constituciones Apostólicas* (CA) IV 11,1 sobre la corrección de los padres a sus hijos, y cómo éstos deben hacer todo siguiendo sus consejos, están en plural («formadlos», enseñadles», etc.) y, por tanto, pueden leerse referidas a ambos progenitores (si bien en sintonía con el contexto cultural, la responsabilidad mayor recae sobre el *paterfamilias*)²³. Y, por su parte, san Juan Crisósto-

²⁰ Así lo recogen también la DA 4 y las CA II 2,2-3, que ponen igualmente como condición para ser elegido obispo haber criado a sus hijos piadosamente y haberlos educado en la corrección del Señor.

²¹ «Luego [adoctrinad] también a vuestras mujeres en la fe recibida, en el amor y en la castidad, para que amen a sus maridos con toda verdad, quieran a todos por igual con toda continencia y eduquen a sus hijos en la pedagogía del temor de Dios» (POLICARPO, *Phil.*, 4,2).

²² Con el término «aprender» (*manzanô*) se refiere a la instrucción cristiana que imparte un maestro (Tit 3,14). Cf. Rom 16,17; 1Cor 14,31.35; Ef 4,20; Fil 4,9; Col 1,7.

²³ Quizá la clave para interpretar que se está refiriendo a ambos progenitores, y no a los padres en general, sea que los textos hacen responsables a padre y madre de los pecados de sus hijos. Y, por consiguiente, también ambos progenitores se responsabilizan de educarlos bien.

mo en el siglo IV anima a que las madres estén presentes cuando el padre instruye para colaborar con él en esa tarea y aprobarla (con «alabanzas», *De Inani* 39; cf. 32). Las aconseja que como Ana se preocupen de educar a sus hijos en las cosas espirituales. Exhortará a ambos cónyuges (usará un lenguaje inclusivo, «padres y madres») a ocuparse de dar forma a las *admirables estatuas* que son sus hijos (*De Inani* 22; cf. 39-40). No obstante, para este autor el *paterfamilias* es «la cabeza y la fuente de autoridad en la familia» y es el responsable de enseñar a sus hijos a obedecer» (*Hom. in Eph. XXI*).

La educación de las hijas recaía por lo general en el mundo antiguo sobre las madres, encargadas de formar su carácter e instruir las para asumir las tareas domésticas y su papel futuro como esposas y madres. Desde finales del siglo I existen ya referencias cristianas sobre este encargo, como parece deducirse de Ti 2,3-4. En dicho texto se pide expresamente a las ancianas (*presbytides*) que se ocupen de enseñar a las jóvenes «a ser amantes de sus maridos y de sus hijos, a ser sensatas, castas, hacendosas, sumisas a sus maridos, para que no sea injuriada la Palabra de Dios». De acuerdo con las *Constituciones apostólicas*, las viudas verdaderas («consagradas a Dios») se distinguen por una serie de cualidades, entre las que se señala el haber sido «buenas educadoras de sus hijos» (III 3,1)²⁴. Y ya en el siglo IV, también Gregorio de Nisa, en la *Vida de Macrina* 3,1 cuenta cómo su madre se ocupaba de su formación, «no según los planes de la educación profana, en la que, ya en edad temprana, los alumnos aprenden dedicando la mayor parte del tiempo a las obras de los poetas»²⁵. También san Juan Crisóstomo les encarga especialmente la educación de las hijas (*De Inani* 90).

La importancia de recibir educación cristiana se deduce igualmente de una instrucción que la DA 17 y las CA IV 1,1-2,1 dan a la comunidad cristiana y al obispo: en el caso de un huérfano, un hermano (= cristiano) sin prole lo acogerá en su casa «como un hijo», y si es una niña, será acogida «por el que tenga un hijo en edad de casarse con ella, para unir-

²⁴ No se encuentra este texto en la *Didascalia*.

²⁵ La razón la aporta a continuación: «Ella, en efecto, estimaba vergonzoso y totalmente inconveniente que las pasiones de la tragedia —esas pasiones de las mujeres que prestan inspiración y tema a los poetas—, que las incidencias de la comedia, o que las deshonestidades de las que provienen los males de Troya, se utilicen para enseñar a una naturaleza tierna y maleable, a la que manchan, en cierto modo, con sus relatos poco edificantes de mujeres».

los en matrimonio»²⁶. Al obispo se le pide que se encargue de la crianza de los huérfanos, «sin abandonarlos, procurando ofrecer[les] la función de los padres»²⁷. Si bien las afirmaciones son muy genéricas, puede entenderse que la tarea de educar en la fe está incluida en el encargo.

2.1.2. *La importancia de la corrección en la educación*

La exigencia de educar cristianamente a la prole se deduce igualmente de muchos textos que advierten de las consecuencias de una mala educación, y de la responsabilidad de los padres que no han corregido a sus hijos. La negligencia en asumir el deber de educar a los hijos es un pecado gravísimo, tanto como para que un autor, como el Crisóstomo, catalogue a esos padres de ser «peores que asesinos»²⁸.

A mediados del siglo II un pasaje del *Pastor de Hermas* refleja las consecuencias de esta mala educación. La anciana que se aparece a Hermas le comunica en una visión que Dios está airado contra él porque no ha ejercido su autoridad como debía sobre sus hijos: los amaba y no los reprendía, dejándoles que se corrompieran terriblemente y que pecaran contra Dios y contra sus padres (cf. *Vis* I, 3.1)²⁹. En la visión la anciana le insta a repetir diariamente la palabra justa no dejando de corregir a sus hijos en todo momento. El texto explicita la conexión entre educación cristiana y salvación: «No dejes de reprender a tus hijos, pues sé que, si se arrepienten de todo corazón, serán inscritos en los libros de la vida junto con los santos» (*Vis*. I, 3.1). De ahí la tremenda responsabilidad de los padres.

En Siria, durante la primera mitad del siglo III, la *DA 22* retoma las conexiones entre educación y salvación en un capítulo dedicado a la edu-

²⁶ Una alusión a Sir 7,25: «Casa a tu hija y habrás hecho una gran cosa, pero dásele a un hombre prudente». Cf. A. STEWART-SYKES, *The Didascalia apostolorum. An English Version with Introduction and Annotation*, Turnhout 2009, 195, n.1.

²⁷ La *Didascalia* dirá simplemente que se encargará de ellos sin que les falte de nada.

²⁸ Cf. *Oppugn.* III, 4; PG 47, 356.

²⁹ «... tu descendencia se desentendió de Dios, blasfemó contra el Señor, traicionó a sus padres con gran maldad, escuchó que eran traidores de sus padres y, a pesar de que los habían traicionado, no se beneficiaron, sino que todavía añadieron a sus pecados los desenfrenos y confusiones de la maldad, y así colmaron sus iniquidades. Da a conocer estas palabras a todos tus hijos y a tu mujer que debe ser como tu hermana, pues ella tampoco modera su lengua con la que peca. Pero cuando escuches estas palabras, se moderará y alcanzará misericordia» (II, 2.2).

cación de los hijos (cf. CA IV 11, 2)³⁰. Para el autor si los padres no corrijen a sus hijos, éstos imitarán las malas acciones de los paganos. Los amonesta para que no sean lentos en reprender, corregir y enseñar a sus hijos adolescentes, porque en su opinión, no les mata castigándolos, sino que más bien les salva. Lo justifica como algo querido por Dios y aporta textos de la Escritura: Pr 23,14: «Con la vara le castigarás y librarás su alma del *sheol*»; y Pr 13,24: «Quien escatima la vara, odia a su hijo, quien le tiene amor, le castiga». A continuación identifica la vara del cristiano con «la palabra de Dios, Jesucristo», haciéndose eco de un texto de Jeremías en que el profeta ve una vara de almendro (Is 1,11-12). La vara es una metáfora de la Palabra de Dios, Jesucristo, y por ello el autor saca la conclusión de que «quien ahorra decir una palabra de corrección a su hijo, odia a su hijo»³¹.

No obstante, la *Didascalia* se inclina por castigos físicos, como también lo harán las CA IV 11,2-3. Esta última obra lo subrayará: 1) añadiendo una cita de Sir 30,2: «Rompe sus costillas cuando todavía es niño, para que no se endurezca y te desobedezca». En la mente del autor de la *Didascalia* tiene a los hijos adolescentes, pero la cita de Sir 30,2 que añaden las *Constituciones Apostólicas* hace caer en la cuenta que este ordenamiento eclesiástico se refiere igualmente a los niños pequeños, y 2) las *Constituciones Apostólicas* no incluyen la exégesis simbólica de la vara en Pr 13,24 y, por tanto, enfatizan el castigo físico.

Tanto la *Didascalia* como la reelaboración de las *Constituciones apostólicas* subrayan la responsabilidad de los padres en la salvación de sus hijos³². Pero no solo, además les dicen que serán juzgados por Dios a causa de los pecados de sus hijos y tendrán que rendir cuentas ante él por ello (cf. DA 22; CA IV 11, 5). Se refieren principalmente a los pecados sexuales (fornicación): los padres han de educarlos para que no sigan las costumbres paganas en este sentido, y por ello han de casarlos a su

³⁰ La *Didascalia* es una obra en la que se combina un ordenamiento eclesiástico y una serie de exhortaciones pastorales. Este capítulo 22 discute detalladamente sobre la educación de los hijos. Se trata del primer texto que aborda esta temática hasta esta fecha.

³¹ Se cree que este uso metafórico del término «vara» puede ser una glosa tardía y que el autor habría interpretado primeramente el texto de Proverbios literalmente. No aparece en el texto paralelo de las *Constituciones Apostólicas*. O. M. BAKKE, *When Children Became People*, 181-183.

³² Es el primer escrito cristiano donde aparece esta idea.

tiempo. No obstante, la idea de las *Constituciones apostólicas* es más suave que la expresada en la *Didascalia*, donde se llega a hacer responsables a los padres, independientemente de su actuación, del juicio de las almas de sus hijos ante Dios. Para entender la argumentación de estos escritos es muy útil la razón aportada por el Crisóstomo: los padres no se salvan porque sean justos a nivel individual, sino por la virtud de aquellos de quienes son responsables (*Hom. in Eph. XXI*). En su reflexión se desvela una concepción diádica de la personalidad común en el mundo antiguo, según la cual los individuos no se entienden a sí mismos de manera aislada sino corporativa.

Las *Constituciones* hablan de negligencia (*ameleia*) de los padres, lo cual denota no solo falta de cuidado e indiferencia, sino más en concreto, «indiferencia moral, ausencia de vigilancia»³³. Por tanto, lo que se condena es la insuficiente responsabilidad y seriedad en cumplir con su obligación de educar a sus hijos de acuerdo con la moralidad cristiana³⁴.

San Juan Crisóstomo, otro teólogo sirio, empleará la misma línea de argumentación. Será muy duro con los padres que solo se preocupan de sus asuntos y olvidan la educación de sus hijos³⁵. Criticará también duramente a los padres que aun preocupándose de su educación fallan en ella. «Todo el mal —dirá— está en vuestra negligencia/descuido y en que, desde el principio y desde la primera infancia, no los orientáis [a vuestros hijos] hacia la piedad»³⁶. Los hijos se extraviarán, dirá el Crisóstomo, porque los padres muestran «el loco afán por las cosas terrenas. El no mirar sino a ellas obliga a descuidar tanto la propia alma como la de los hijos»³⁷.

En su *Discurso III Contra los impugnadores de la vida monástica* (dirigido a un padre cristiano), se sirve del ejemplo del sacerdote Elí a quien Dios condenó porque no había sido suficientemente fuerte en la corrección de sus hijos, y Dios le hizo responsable de sus pecados. La salvación

³³ Cf. G. W. H. LAMPE, *A Patristic Greek Lexicon*, Oxford 1961, 85.

³⁴ «Si esto sucede por la negligencia (*ameleia*) de los padres, quienes los han engendrado serán responsables de sus almas. Si por la indolencia de los padres frecuentan a los intemperantes, no serán los hijos pecadores los únicos en ser castigados, sino que sus padres serán condenados por causa de ellos» (CA IV,11.5).

³⁵ *Oppugn.* III, 3-4. Dirá que «el descuido (*oligôria*) de los hijos es pecado que sobrepasa todo pecado y toca la cúspide de la maldad». Y que Dios castiga severamente a los padres que descuidan (*ameloúntas*) a sus hijos, al mismo tiempo que honra) y alaba a quienes cuidan (*epimeloumenous*) de ellos (III, 4).

³⁶ *In illud. vidua elig.* 10.

³⁷ *Oppugn.* III, 4.

de los padres, en su pensamiento, dependerá de si sus hijos viven o no en el temor del Señor³⁸. Hace, por tanto, recaer sobre ellos una tremenda responsabilidad. Las razones que sustentan su pensamiento son teológicas (teología de la creación y soteriología)³⁹: 1) la obligación evangélica de amar y preocuparse por el vecino, incluyendo también el cuidado por su salvación⁴⁰. Los hijos son los vecinos más próximos de los padres, y por tanto, el más grave pecado que pueden cometer es descuidar su educación y su cuidado⁴¹; 2) Dios ha dado a los padres el instinto de cuidar a sus hijos de modo que este cuidado es una necesidad ineludible, e interpreta esto como evidencia de que Dios se preocupa de su educación. Se vale igualmente de referencias veterotestamentarias donde Yahvé manda a los israelitas que eduquen a sus hijos en el conocimiento de Dios; 3) en su *Homilía a Efesios 6,1-4* dirá que cuando los padres educan a sus hijos a ser buenos, amables, a perdonar, a ser generosos, a amar a sus semejantes... descubren o revelan la imagen de Dios en ellos. Y esto lo hacen suprimiendo lo que sobra, añadiendo lo que falta, ayudando para que crezcan las buenas cualidades de sus hijos, o ayudando para que quiten de sí los defectos naturales que tengan. Es decir, la educación de los padres es una tarea de creación, de tal manera que haciéndolo los niños alcanzan su plena participación en Dios.

La obligación de educar a los hijos en la fe y que esto se mostrase en las obras concretas era una cuestión no sólo importante de cara al interior de las mismas comunidades donde una persona aspiraba a ser dirigente, y en ese sentido se convertía en modelo para el resto de creyentes, sino también era un factor esencial en la evangelización, algo a lo que son especialmente sensibles las Pastorales. Si sus vecinos y otros no cristianos observaban que un padre no era obedecido por sus hijos y éstos se apartaban del estilo de vida creyente, no creerían ni en él ni en la religión que él profesaba y de la cual era un dirigente. La desobediencia a

³⁸ Cf. *Oppugn.* III, 3. Defiende la misma idea en su Homilía sobre Ef 6,1-4, argumentando que el *paterfamilias* responde de los hijos desobedientes y las esposas indisciplinadas.

³⁹ Cf. O. M. BAKKE, *When Children Became People*, 167-168.

⁴⁰ «Pablo nos exhorta a cada momento a que no busquemos nuestro interés, sino el de nuestro prójimo»; «quienes descuidan la salvación de sus hermanos pecan contra Cristo mismo y derriban el templo de Dios (1Cor 8,12)». Y aplicando toda su reflexión anterior al deber de educar a los hijos, dirá: «el descuido de los hijos es pecado que sobrepasa todo pecado y toca la cúspide misma de la maldad» (*Oppugn.* III 2-3).

⁴¹ Cf. *Oppugn.* III, 3 (cf. 1Cor 5,1-5; 10,24; Ga 6,1; 1Te 5,11; Rom 15,17).

los padres, visibilizada en el rechazo a la fe que éstos profesan y en un estilo de vida que contradice abiertamente el Evangelio en el que creen, constituye una vergüenza para toda la familia y de manera singular para el *paterfamilias*, a quien en todo el Mediterráneo le corresponde ejercer su autoridad sobre todas las personas y propiedades de la casa, además de responsabilizarse del culto doméstico⁴².

La educación se concibe básicamente como vigilancia que comienza desde la más temprana edad, una tarea que compete a todos los de la casa. Así entiende el Crisóstomo la educación, como también la Antigüedad mediterránea⁴³. Plutarco dirá que los padres sensatos han de encargarse de vigilar, estar en guardia, corregir con prudencia, enseñando a sus hijos, amenazándoles, rogándoles, mostrándoles los ejemplos pertinentes (*De lib. educ.* 16). Es importante vigilar tanto el entorno en el que se mueve el niño y el joven, como también su mundo interior⁴⁴.

De ahí que sea fundamental elegir muy bien a los educadores que tienen en la casa o la escuela: nodrizas, esclavos, maestros... como señalaba el Crisóstomo: «Aconseja también a la madre que diga estas cosas al niño, así como a su pedagogo y al acólito⁴⁵, de manera que sean guardianes todos por igual y vigilen que ninguno de aquellos malos pensamientos salga del pequeño, de esa boca que son las puertas de oro» (*De Inani* 32). En este sentido también el cristianismo compartía las creencias mediterráneas: «Se debe buscar para los hijos unos maestros que sean irreprochables en sus costumbres y los mejores por su experiencia, pues la fuente de una conducta intachable es una buena educación. Y así como los agricultores colocan estacas a las plantas, del mismo modo los buenos maestros dan buenos preceptos y consejos a los jóvenes, para que los caracteres de éstos crezcan rectamente» (Plutarco, *De lib. educ.* 7)⁴⁶. Todos los que rodean al niño en la familia, incluidos los criados, nodrizas, pedagogos, etc., no deben decir delante de él cosas inconvenientes (desvergüenzas, maldades) por-

⁴² Así lo expresa Juan Crisóstomo en *Hom. in 1 Tim X*.

⁴³ «Si desde el principio te aplicas a ello con rigor, profieres amenazas y apuestas un número tan grande de guardianes, basta con dos meses y todo está encarrilado, tomando la cosa la solidez de lo normal» (*De Inani* 33).

⁴⁴ El Crisóstomo dará muchísima importancia a educar los sentidos que ponen en contacto al niño con el mundo exterior, y también a la educación del carácter y de la sexualidad.

⁴⁵ El acólito es el esclavo encargado de acompañar al niño al colegio para llevar sus enseres escolares.

⁴⁶ Las mismas ideas se encuentran en QUINTILIANO, *Inst.* I 8-11.

que «al igual que las plantas necesitan de un mayor cuidado precisamente cuando están tiernas, así también los niños» (*De Inani* 37).

El *paterfamilias* será quien ha de velar porque todos en la casa tengan los mismos intereses para que así reine la concordia. De su buen gobierno y autoridad sobre todos dependerá que pueda rendir cuentas ante Dios diciendo: «Aquí estamos yo y los hijos que me ha dado Yahvé» (san Juan Crisóstomo, *Hom. in Eph. XX* 6).

Junto a ello, el Crisóstomo aporta otro elemento importante: la importancia de poner límites a los niños y de enseñarles a no transgredirlos (cf. *De Inani* 30). Para ello, considera que es importante la corrección e incluso el castigo. En su perspectiva, este autor hablará del castigo corporal en términos que podríamos decir moderados (diferente de lo que hemos visto en la *DA* y en las *CA*)⁴⁷, aunque sí incide en utilizar palabras mordaces, reproches, miradas severas, amenazas y miedo como estrategias básicas de la educación. Reconoce, no obstante, que en otras ocasiones son también importantes los refuerzos positivos: halagos y promesas⁴⁸ (*De Inani* 30, 67), o las oportunidades en las que el niño, por ejemplo, se afirma en sus propias posibilidades y se siente reconocido cuando va a la iglesia y allí constata, «radiante de alegría» que «sabe lo que todos ignoran, y que se adelanta a la lectura, la reconoce y saca gran provecho» (*De Inani* 41). Es decir, su método educativo alterna castigos y recompensas, como modo de actuar. Y lo justifica teológicamente: «Porque así gobierna el mundo también Dios, con el miedo al infierno y la promesa del Reino. Hagamos así también nosotros con nuestros hijos» (*De Inani* 67).

2.2. ¿CÓMO EDUCAR ATLETAS PARA CRISTO?

En el siglo IV san Juan Crisóstomo se referirá a la familia como «una pequeña iglesia» en la que se vive según un estilo de vida creyente (*Hom. in Eph. XX* 6), y es ahí donde los padres han de enseñar a sus hijos a «amar

⁴⁷ Y *De Inani* 30: «... que tema siempre los azotes, pero que no los reciba. Que se levante el látigo, pero que no se deje caer. Que las amenazas no lleguen a ponerse en práctica. Pero que tampoco sea evidente que las amenazas no son más que palabras. Y es que una amenaza tiene valor precisamente cuando es verosímil que se lleve a la práctica...».

⁴⁸ En *Hom. in Col. IX* 4 habla de recompensas tales como pasteles o dinero por ir al colegio.

la verdadera sabiduría», lo cual será la mayor riqueza y gloria que los padres pueden ofrecer a sus hijos, mucho más que cualquier riqueza material. Para el Crisóstomo el fin de la educación de los hijos es que sean verdaderos creyentes, que tengan una fe viva, arraigada en las Escrituras y en la doctrina de la Iglesia, y que se muestra en la práctica de las virtudes cristianas. Así gozarán del reino de Dios y de las bendiciones de Dios (*Hom. in Eph. XXI*). Si bien este autor ha podido desarrollar sus ideas al respecto en su propio tratado *De Inani Gloria*, y en otras obras acerca del matrimonio, podría decirse que todo ello subyace en todos los testimonios cristianos anteriores.

Las metáforas usadas por el Crisóstomo ilustran muy bien su idea sobre el fin de la educación y que la carta a los Efesios (6,4) sintetizó diciendo que los padres deben nutrir a sus hijos en la educación y en la disciplina del Señor (cf. *Hom. in Eph. XXI*): «educas a un filósofo, a un atleta, a un ciudadano del cielo» (*De Inani* 39). Y para ello será esencial que se forme en los principales contenidos de la fe (resurrección, cielo y del infierno; la acción de la Gracia, etc.)⁴⁹ y que vaya adquiriendo las virtudes cristianas, como deja muy claro en la metáfora usada para hablar de la tarea que tienen los progenitores: «... cada uno de vosotros, padres y madres, igual que vemos los pintores trabajar sus pinturas y sus estatuas con gran minuciosidad, ocupémonos así de estas admirables estatuas», refiriéndose a los hijos. Los padres que fabrican «maravillosas estatuas para Dios», tienen encomendada la tarea de suprimir lo que sobre, añadir lo que falte, examinar cada día esas estatuas y ver qué cualidades tienen, para hacerlas crecer, y qué defectos naturales, para suprimirlos (*De Inani* 22). La educación supone, en la perspectiva del Crisóstomo, *ordenar* (*huthomizô*)⁵⁰ la vida de los niños y jóvenes según aquello que es correcto según el modo de vida cristiano, es decir, las virtudes (bondad, suavidad, generosidad, amor a su prójimo, perdón) para que realmente se desvele la imagen de Dios en ellos (*Hom. in Eph. XXI*).

Y esta tarea de educación/ordenación se da en toda circunstancia, y supone una tarea de colaboración entre las distintas personas que en la casa están implicadas en la educación del niño. Todas ellas han de ser «sobresalientes» (*De Inani* 38). De ahí que inste a que se cuide mucho el ambiente que reina en la casa: «... que los niños no oigan nada inconve-

⁴⁹ Cf. *De Inani* 39; 40; 52.

⁵⁰ Se encuentra con frecuencia en su obra *De Inani*: 16; 19; 25; 49; 50; 69; 70; 81; 88.

niente ni de los criados ni del pedagogo ni de las nodrizas. Sino que igual que las plantas necesitan de un mayor cuidado precisamente cuando están tiernas, así también los niños. De manera que preocupémonos por tener buenas nodrizas para, desde la base, echarles buenos cimientos y, en una palabra, para que desde el principio no reciban ninguna mala influencia» (*De Inani* 37).

Nos adentramos en esta parte en los contenidos de la educación cristiana ofrecida en la familia y en los métodos empleados.

2.2.1. Enseñar a los hijos a ser obedientes a sus padres

El Nuevo Testamento apenas tiene datos sobre los contenidos de la educación que los padres han de dar a sus hijos. Además de la referencia genérica de Ef 6,4, y que exhorta a los padres a formar a sus hijos «en la disciplina y la instrucción del Señor», este código doméstico incide en la obediencia que los hijos han de mostrar a sus padres (Ef 6,1-3). De manera indirecta apunta un contenido esencial en la educación que los padres han de dar: enseñar a sus hijos a ser obedientes. La obediencia aparece también en un código más antiguo, el de Col 3,20, aunque no hace ninguna referencia a la tarea educadora de los padres. Ambos textos no se alargan en explicitar los deberes de los hijos hacia los padres, como por ejemplo, encontramos en Sir 3,1-16 y 7,27-28. La referencia a la obediencia se encuentra también en 1Tim 3,4 que al hacer el elenco de las cualidades que han de tener los futuros *episkopos*, señala la de haber gobernado bien su casa y haber mantenido sumisos (*en hupotagê*) a sus hijos.

Ambos códigos justifican teológicamente sus afirmaciones: el deber de obedecer a los padres no es sólo un acto natural, sino que supone adherirse a la voluntad salvífica de Dios, como muy bien expresa Ef 6,1, añadiendo «en el Señor» y además «es justo», o lo que afirma Col 3,21: la obediencia es «grata a Dios». Posteriormente se incidirá igualmente en la necesidad de que los padres enseñen a su descendencia a obedecerles y honrarles. El mandato «honra a tu padre y a tu madre» es lo primero que los niños escucharán de las Escrituras (san Juan Crisóstomo, *Hom. in Eph. XXI*).

Es importante además subrayar que la obediencia a los padres es un factor esencial en la evangelización y extensión del cristianismo. Los códigos explicitan con mucha claridad los deberes de todos los miembros de la familia, y de manera particular los de los hijos. En un momento en que las comunidades cristianas de segunda generación son más visibles socialmente, y que probablemente han podido sufrir ya las críticas del entor-

no por subvertir los valores familiares (como más adelante expresará Celso en sus críticas al cristianismo)⁵¹, los grupos creyentes sienten la necesidad de afirmar que defienden las relaciones familiares y los roles dentro de la familia según los códigos vigentes en las sociedades que conforman el Mediterráneo antiguo. Al mismo tiempo, tratarán de vivir esas interacciones siguiendo un principio de Troeltsch⁵², y que Theissen popularizó⁵³, el del «patriarcalismo del amor». De acuerdo con este principio, los cristianos aceptaron las desigualdades fácticas existentes en su sociedad, pero trataron de eliminar las tensiones que esto generaba mediante la incorporación de una serie de principios éticos, que permitían vivirlas de una manera más acorde con los principios del Evangelio. De ahí también que los códigos insistan en que los padres no exasperen a sus hijos (Ef 6,4), y no los irriten para que no se desanimen (Col 3,21). La *Did.* 4,9⁵⁴ y la *Carta de Bernabé* 19,5, les exhorta a no levantar la mano contra su hijo o su hija. Todo esto no significa que los castigos corporales fueran eliminados del todo; lo que sí previenen es de utilizar excesiva dureza en el trato con los niños.

La obediencia a los padres no está desligada de la educación cristiana que de ellos reciben; de ahí que muchos de los testimonios que se ofrecen sobre hijos desobedientes estén vinculados a acciones que claramente los separan de los ideales de vida cristianos que sus padres han tratado de inculcarles, a veces no con el suficiente cuidado. Recordemos, por ejemplo, la referencia de Hermas, a quien la anciana en la visión le recuerda que «han pecado contra el Señor y contra vosotros, sus padres» (*Vis.* I 3,3)⁵⁵.

⁵¹ «Dicen a los jóvenes que si les gusta el Evangelio pueden dejar a sus padres y maestros para ir con las mujeres y los niños pequeños a la tienda de los tejedores de lana...» (ORÍGENES, *C. Cels.* 3, 50.55).

⁵² E. TROELTSCH, *Die Soziallehren der christlichen Kirchen und Gruppen*, Tubingen 1923, 67-83.

⁵³ G. THEISSEN, *Estudios de sociología del cristianismo primitivo*, Salamanca 1985, 230.

⁵⁴ Otra traducción: «No dejarás de la mano a tu hijo o a tu hija...», y la interpreta como «no te desentenderás de tu hijo o tu hija». *Didaché. Doctrina Apostolorum. Epístola del Pseudobernabé*. Introducción, traducción y notas de J. J. Ayán, Madrid 1992, 91. Acentúa la responsabilidad de los padres en la educación de los hijos (uso metafórico del verbo), mientras que la traducción que adoptamos se referiría al uso de la fuerza física en la enseñanza de los niños.

⁵⁵ Es probable que los pecados de los hijos estuvieran relacionados con algún tipo de persecución sufrida por la comunidad (cf. II 3.4) y que ellos hayan actuado

Se entiende bien la importancia de aprender a obedecer como un contenido indispensable y básico de la educación de los niños. La obediencia es esencial porque de ello depende la salvación de los hijos y también la de los padres, como bien recuerdan la *DA* y las *CA*. Esta es una de las razones de la insistencia en ella.

Para comprender mejor la importancia de esta insistencia en el mundo cristiano es preciso relacionarlo sobre todo con el mundo judío (si bien la obediencia es praxis habitual también en el mundo greco-romano). Dos razones: por *un lado*, la gran autoridad que los padres tienen⁵⁶ y, por *otro*, la gran importancia que también el judaísmo dio a la socialización de los niños en su identidad como judíos, comenzando desde sus familias. Las familias fueron los centros reales de educación de los hijos (Dt 6,7; Pr 13,24; Eclo 30,1-13; Filón, *Hyp* 7,14; Josefo, *C. Ap.* I 12.60), aunque, como en el resto del Mediterráneo, los hijos varones fueran enviados a escuelas para su educación⁵⁷. Los padres judíos tenían la obligación de instruir a sus hijos en los preceptos de la ley, los cuales debían practicar al igual que habían hecho sus antepasados; los aprenden de memoria «desde el despertar de la inteligencia» teniéndolos grabados en su alma⁵⁸. Así se recordaba en el *Shema*, donde se recuerda a los judíos la obligación de servir a un solo Dios y observar los mandamientos (Dt 6,4-7). Desde muy pequeños, los niños aprendían la ley y la grababan en el alma, y este aprendizaje les guiaba constantemente a lo largo de su vida⁵⁹.

mal a causa de sus intereses materiales (cf. I 3.1). No es inviable que las frecuentes tensiones entre los creyentes y su entorno hayan llevado a apostatar a algunos jóvenes, y que incluso llegaran a convertirse en informantes, según el tipo de lenguaje utilizado en Hermas. Cf. C. OSIEK, *The Shepherd of Hermas. A Commentary*, Minneapolis 1999, 49.54.

⁵⁶ Cf. Lev 20,9; Dt 21, 18-21; FILÓN, *Spec. Leg.* II 225; cf. II 225-241; *Decal.* 119-20; JOSEFO, *C. Ap.* II 27.27.

⁵⁷ Según una tradición del Talmud, la educación de los jóvenes (a partir de seis o siete años) en la ley comenzaron a ejercerla los maestros (primero en Jerusalén y luego en otras ciudades y pueblos) en tiempos de Josué Ben Gamala, contemporáneo y amigo de Josefo (*bBB* 21a).

⁵⁸ Según JOSEFO, *C. Ap.* II 17.173-174, Moisés estableció las normas alimentarias (qué comer, con quién), las relaciones sociales (con quiénes se podían o no relacionar y con quiénes o no establecer vínculos de parentesco) y los ritmos de trabajo y descanso, que habían de vivirse y transmitirse en la familia.

⁵⁹ Conocemos ya esta práctica desde muy antiguo como atestiguan algunas tradiciones veterotestamentarias: con respecto, por ejemplo, al ritual de la Pascua, Ex 12,26-27, dice: «Cuando vuestros hijos: ¿Qué significa para vosotros este rito?, res-

También las comunidades cristianas dieron una gran importancia a la familia y consiguientemente a la socialización de los infantes en su identidad creyente. De ahí la insistencia en la obligación paterno-materna de educar a sus hijos en la fe, de vigilarlos y reprenderlos para que su vida se adecuase al ideal de vida cristiano.

2.2.2. *Educación en el temor del Señor*

Educación en el *temor del Señor* es una de las constantes en los textos cristianos de los primeros siglos sobre la educación de los hijos: la 1 *Clem.* 21,6: «eduquemos a los jóvenes en la pedagogía del temor de Dios (cf. 21,8). A comienzos del siglo II en Siria/Palestina, la *Did.* 21 «le enseñarás desde joven el temor de Dios». También aparece en la *Carta a Bernabé* 19,5 (siglo II): «desde joven le enseñarás el temor de Dios». Policarpo pide igualmente a las esposas que eduquen a sus hijos en el temor de Dios: «eduquen a sus hijos en la pedagogía del temor de Dios» (*Phil.* 4,2). Al exhortar a los padres a enseñar a sus hijos la Palabra del Señor la *DA* 22 insta igualmente a hablarles del temor de Dios, lo que implica enseñarles los contenidos de la fe y amonestarles para que vivan según los ideales de una vida cristiana⁶⁰. En su gran mayoría estos testimonios inciden en que esa educación ha de hacerse desde los primeros años.

Para comprender el sentido y el contenido de esta fórmula, «en el temor de Dios», es necesario ponerlo en relación con la tradición sapiencial judía⁶¹. Dicha tradición entiende que el temor del Señor supone una adhesión de amor a Yahveh, una escucha obediente desde el corazón de la ley, y una praxis justa y honorable de acuerdo a los caminos del Señor que se muestra en su amor y compromiso con la verdad, en el trato con los demás, en el respeto a los progenitores, en la diligencia en las ocupaciones, y en la responsabilidad con sus familias. Por tanto, supone una actitud moral básica según la cual una persona se abstiene de hacer el mal y odia el pecado. Es decir, el temor de Dios implica que se vive de acuerdo con las normas y preceptos de Dios, y que educar en el temor de

ponderéis...». Así también con respecto a los primogénitos: Ex 13, 14-15; o con respecto a los estatutos, preceptos y normas que Yahvé ha prescrito: Dt 6,20-24; o con respecto a las doce piedras conmemorativas de Guilgal: Jos 4,6-7.21-23.

⁶⁰ O. M. BAKKE, *When Children Became People*, 159.

⁶¹ Recordemos que tanto la *Didajé* como la *Carta a Bernabé* son textos basados en tradiciones judías.

Dios significa que los padres ayuden a sus hijos a hacer suyas las virtudes cristianas, viviendo de acuerdo a ellas⁶².

Así parece confirmarlo la *1 Clem.* 21,8, donde el autor junto a la humildad y al amor, virtudes que han de ser inculcadas en los hijos, sitúa también el temor de Dios que se expresa en una vida santa y una mente pura. El texto parece referirse en este caso a la comunidad entera de Corinto («participen nuestros hijos de la educación en Cristo»), lo que da la idea de que las virtudes que han de enseñarse a los hijos son las mismas que toda la comunidad está llamada a vivir. En el conflicto que tiene la comunidad de Corinto, Clemente habla de cómo el temor de Dios los ha abandonado y han dejado que se debilitaran los ojos de la fe en Él. Y explica a continuación: «Ya no caminabais en las ordenaciones de sus mandamientos, ni llevabais una conducta conforme a Cristo, sino que cada cual se echó por las sendas y veredas por donde le llevaban los deseos de su corazón malvado, concebido que teníais dentro injusta e impía envidia, aquella por la que también la muerte entró en el mundo» (*1 Clem.* 3,4). Se ilustra muy bien la comprensión cristiana del temor de Dios.

Por su parte, el Crisóstomo concreta algunos aspectos que forman parte de la educación en el temor de Dios. Implica formar para rechazar la glotonería y la envidia, y hacerse consciente de cómo Dios conoce todo cuanto se hace: «con que siembres en tu hijo esta única doctrina, no tendrás necesidad de pedagogo, porque este temor de Dios guarda a tu hijo más que cualquier otro temor y sacude su alma» (*De Inani* 40). Educar en el temor de Dios supone, por tanto, preparar a los niños para que tengan una conducta apropiada.

2.2.3. Enseñar a los hijos las Escrituras

Los primeros cristianos estaban convencidos, como expresó ya Tertuliano en el siglo II, que la Escritura era «el manantial del que brota toda posterior sabiduría» (*Apologet.* 47,1). Las Escrituras —dice la segunda a Timoteo— son sabiduría que lleva a la salvación mediante la fe en Cristo Jesús (2Tim 3,15)⁶³. Es decir, que las Escrituras judías, que ya la lite-

⁶² En los Salmos, en concreto, el temor de Dios implica una correcta actitud religiosa que se expresa como acción de gracias, adoración y confianza en Dios.

⁶³ Detrás de la expresión «que pueden darte sabiduría», se trasluce un tema de la literatura sapiencial: la ley de Dios, su palabra y sus preceptos son fuente de sabiduría y de vida: Sal 18,8; 119; Sir 1,8.

ratura sapiencial decía que eran fuente de sabiduría y vida (cf. Sal 18,8; 119; Sir 1,8), necesitan ser interpretadas y comprendidas desde la fe en Cristo⁶⁴.

La primera referencia a que en la familia se enseñan las Escrituras la tenemos en 2Tim 3,15. Timoteo, se dice, conoce las Sagradas Escrituras desde niño. Sus maestras han sido Loide y Eunice, su abuela y su madre. Con la expresión *hiera grammata*, Sagradas Escrituras⁶⁵, 2Tim 3,15 usa un sintagma casi técnico para referirse al Antiguo Testamento, pero probablemente visto desde una cierta perspectiva educativa⁶⁶. El término más general para referirse a la Escritura es el que aparece inmediatamente después, en 2Tim 3,16, donde aparece *graphe*. El plural *graphai*, o la expresión *hagiai grapha* son las más habituales. Por tanto, el autor de la segunda a Timoteo ha utilizado el término alternativo *hiera grammata* para indicar el matiz de instrucción⁶⁷.

Al igual que Timoteo, también Macrina, de acuerdo al relato de Gregorio de Nisa, fue educada en las Escrituras: «Las enseñanzas de la niña estaban constituidas por aquellas cosas de la Escritura inspirada por Dios que parecen más asequibles a las primeras edades, especialmente la Sabiduría de Salomón y, de este libro, preferentemente cuanto ayuda a nuestra vida moral. Macrina no ignoraba parte del Salterio, pues recita a su tiempo cada parte de la salmodia: al levantarse del lecho, al comenzar el trabajo y al dejarlo, antes de tomar alimento y antes de levantarse de la mesa, al marchar a la cama o al levantarse para el rezo. En todas partes tuvo a la salmodia como un buen compañero que no se abandona en ningún momento» (*La vida de Macrina* 3,2)⁶⁸.

⁶⁴ Cf. P. H. TOWNER, *The Letters to Timothy and Titus*, Michigan 2006, 584.

⁶⁵ Esta expresión aparece en Filón y Josefo para designar técnicamente a las Escrituras judías o parte de ellas: FILÓN, *Mos.* II 290.292 (referida al Pentateuco); *Legat.* 195; JOSEFO, *Ant. Jud.* I 13; X 210. En 2Tim 3,15 es la única vez que aparece en el Nuevo Testamento, y los Padres no la utilizan para designar a la Biblia. En *1Clem.* 43,1, por ejemplo, se refiere al Pentateuco, y en 45,2 al Antiguo Testamento.

⁶⁶ El término *gramma* («letra del alfabeto») en plural se refiere a un escrito o documento o literatura o educación de una manera general.

⁶⁷ Cf. P. H. TOWNER, *The Letters to Timothy and Titus*, 582-583.

⁶⁸ Es cierto que aquí Gregorio de Nisa refleja los rasgos de la oración monástica, en la que el Salterio ocupa un lugar destacado, así como las horas del rezo. Ahora bien, el salterio no sólo fue usado en la vida monástica, sino que su uso fue universal. Cf. GRÉGOIRE DE NYSSE, *Vie de sainte Macrine. Introduction, texte critique, traduction notes et index par Pierre Maraval*, Paris 1971, 141.

San Juan Crisóstomo instará a que los padres y madres enseñen las Escrituras a su hijo desde su más tierna infancia, no porque vayan a ser monjes, sino porque han de hacerse como cristianos, y tienen una gran necesidad de la enseñanza que proviene de la Palabra de Dios para desenvolverse en medio del mundo. En su exhortación se vale del ejemplo de Ana, quien se preocupó de educar a su hijo en las cosas espirituales y por ello lo llevo al templo y se lo entregó al Señor, siendo recompensada por ello. E invita a padres y madres a seguir su ejemplo preocupándose de instruir y corregir a sus hijos en la disciplina del Señor, enseñándoles desde muy pequeños a conocer las Escrituras (*Hom. in Eph. XXI*).

Es necesario equipar al niño «con puertas y trancas de oro, las palabras de Dios, como dice el Profeta: Las palabras de Dios son para mi boca más que la miel y el panal; muy por encima del oro y la piedra preciosa. Enseñémosle a tener estas palabras siempre en los labios, también en sus idas y venidas, no superficialmente ni de pasada ni de vez en cuando, sino continuamente» (*De Inani* 28). Las palabras de Dios, aprendidas en la Escritura desde una edad temprana, hacen posible que Dios habite en medio de la ciudad, símbolo del alma del niño. La lengua es una de las entradas a esa ciudad, y por ello, es necesario custodiarla bien para que no entren en ella «las palabras ofensivas e injuriosas, las mundanas, las frívolas», y en cambio sean sus palabras acción de gracias, himnos sagrados o salmos y que en definitiva, su boca se llene para hablar de Dios siempre, «de la filosofía⁶⁹ de lo alto» (cf. *De Inani* 28, 34, 60). Está en juego nada más y nada menos que Dios habite en el niño o la niña o no.

Las *Constituciones apostólicas* exhortan a los laicos a leer en sus casas, «la Ley, los libros de los Reyes y los Profetas, canta los himnos, recorre cuidadosamente el Evangelio, que es la plenitud de los otros libros», a la vez que les pide alejarse de todos los libros paganos (I 5,1). Y en IV 11, reelaborando lo que ya había dicho la *Didascalia apostolorum*, sobre enseñar a los hijos la Palabra de Dios dirá: «Explicad a vuestros hijos la Palabra de Dios, inculcadla incluso con azotes, hacedlos obedientes, enseñadles

⁶⁹ Sobre el sentido del término «filosofía» en Juan Crisóstomo, véase el estudio de ANNE-MARIE MALINGREY, «*Philosophia*». *Étude d'un groupe de mots dans la littérature grecque, des Présocratiques au IV^e siècle après J.-C.*, Paris 1961, 263-288. Según O. M. BAKKE, *When Children Became People*, 189, y M. GÄRTNER, *Die Familienerziehung in der alten Kirche*, 287, en este pasaje, el término «filosofía» significa la confianza de los creyentes en Dios, un uso similar al que se encuentra en Eusebio de Cesarea y los padres capadocios.

desde la niñez las Sagradas Escrituras (cf. 2Tim 3,15), no solo nuestras sino también divinas, transmitidles toda la Escritura divina, no les consintáis que os dominen en contra de vuestra voluntad». El texto de la *Didascalia*, más breve, exhorta a los padres a enseñar a sus hijos la Palabra de Dios, y contiene, como ya hemos visto, una referencia al temor de Dios (cf. DA 22).

La enseñanza de las Escrituras es una tarea en la que los padres invierten tiempo y que contribuye a generar lazos en la familia: primero se hace con los hijos la lectura o narración de las historias bíblicas, piden en otro momento a los hijos que les cuenten las historias que previamente les han contado para ver si las han memorizado bien, y si lo hacen, continuarán con otras narraciones (cf. *De Inani* 45).

Cuando los padres cuentan las historias bíblicas a sus hijos han de hacerlo además de manera que sea comprensible para ellos. Cuidarán que se mantenga el sentido de su relato, pero lo adaptarán al nivel de los niños⁷⁰. El término utilizado para hablar de esa adaptación es *sygkatábasis*, la misma expresión para referirse al modo cómo Dios se abaja para comunicarse y hacerse comprender por el ser humano (*De Inani* 46).

2.2.3.1. Importancia de conocer y aprender la Escritura

Cada pasaje de la Escritura es «útil para enseñar, para argüir, para corregir y para educar en la justicia» (2Tim 2,16). Especialmente la última expresión «para educar (*paideia*) en la justicia», es decir, para la adquisición de las virtudes⁷¹, incluyendo la corrección necesaria para el desarrollo de las mismas. El sintagma «en justicia» alude directamente a la dimensión cristiana de la existencia, en línea de lo que ya se decía en 2Tim 2,22: «vete al alcance de la justicia, de la fe, de la caridad, de la paz, en unión de los que invocan al Señor con corazón puro». El Antiguo Testamento es, por tanto, en opinión de esta carta, efectivo en la tarea de ofrecer a los creyentes un marco ético en el moverse tanto en la comunidad como en la sociedad, y eso se ha cumplido en el mismo Timoteo que aprendió las Escrituras desde niño, completando luego su formación con Pablo⁷². Las Escrituras son, por tanto, esenciales para aprender a

⁷⁰ Así se dice también de las lecturas de la Escritura que hacía Macrina: las «que parecen más asequibles a las primeras edades, especialmente la Sabiduría de Salomón» (*Vida de Macrina* 3,2).

⁷¹ Cf. S. C. MOTT, *Greek Ethics and Christian Conversion: The Philonic Background of Titus 2.10-14 and 3.3-7*: NovT 20 (1978) 31-32.

⁷² Cf. P. H. TOWNER, *The Letters to Timothy and Titus*, 591-592.

conducirse en la vida de un modo cristiano, y en este sentido, proveen a todos, y a los niños también, de enseñanza básica para que se aprendan y se ejerciten en las virtudes cristianas. Son lecciones, dirá san Juan Crisóstomo, que se aprenden no de un profesor muy preparado y experto, sino que proceden de la divina revelación (*Hom. in Eph. XXI*).

Como hemos visto previamente, san Juan Crisóstomo da una gran importancia a que los niños aprendan salmos e himnos sagrados. Para llegar a comprender la importancia y el sentido de aprender desde la infancia a cantar salmos e himnos sagrados, ayuda a ver el contexto en el que el Crisóstomo sitúa estas referencias (*De Inani* 28, 34, 60)⁷³. Se trata de que el niño a través de estos himnos y salmos tenga una instrucción adecuada y una buena formación moral⁷⁴. Pero, además, el Crisóstomo ve otra utilidad: someter o calmar las pasiones (sobre todo el deseo sexual, *De Inani* 60). Al cantarlos se cuenta con una buena herramienta pedagógica que favorece el aprendizaje y la formación.

2.2.4. *El aprendizaje de las virtudes en la educación de los niños*

La educación ha de proveer a los hijos de un «modelo de vida», de una «filosofía verdadera», o lo que es lo mismo tienen que enseñarles la práctica de las virtudes cristianas, que se alejan de las que se valoran en la sabiduría mundana. Ayudarles a crecer en las virtudes es contribuir a que se revele la imagen de Dios en ellos (*Hom. in Eph. XXI*). Esta es la grandeza de su tarea educadora, e implica que también se eduquen a sí mismos en estas virtudes. Como ya hemos visto, la Escritura es fundamental en la educación que han de impartir a sus hijos.

Para Crisóstomo a la base de todas estas virtudes está la fe. De ella nace la esperanza, que da su plenitud a las virtudes que hace a la persona dueña de sí y orientada siempre hacia Dios y hacia la eternidad.

En su tratado *De Inani gloria*, ofrece un desarrollo muy completo de las virtudes en las que es necesario educar a los hijos, poniendo ejemplos

⁷³ Es importante tomar nota que ambos términos, «salmos» e «himnos», no siempre se diferencian con claridad en los escritos de Juan Crisóstomo (p.e., en *De Inani* 28). No obstante, a veces sí puede determinarse con claridad el uso que hace de ambos vocablos. Con la expresión «salmos» se refiere a los salmos del Antiguo Testamento, mientras que con «himnos» denota otro tipo de cantos, como el Gloria o el Santo.

⁷⁴ Así lo explicita en su *Hom. IX in Col*, la homilía en la que Juan Crisóstomo explica con mucho detalle el lugar que ocupa el aprendizaje y el canto de los salmos en la educación de los niños.

muy concretos. Considera que el alma del niño es como una ciudad que tiene cinco puertas (los sentidos) que hay que vigilar constantemente: los ojos, la lengua, el oído, el olfato y el tacto. Y es a través de estos sentidos que entran y salen tanto los pensamientos rectos como los que se echan a perder (*De Inani* 27). De ahí que a lo largo de su tratado, san Juan Crisóstomo incida en que el niño/a aprenda «palabras santas y piadosas» y que aleje de él las «ofensivas e injuriosas, las insensatas, las desvergonzadas, las mundanas, las frívolas» (*De Inani* 28). Los padres han de enseñarle a «no injuriar a nadie, no hablar mal de nadie, no jurar, ser pacífico» (*De Inani* 30); no acusar tampoco a nadie y a poner freno a su boca; al contrario que aprenda a hablar de sus propios pecados (*De Inani* 31).

Se le enseñará a «ser bondadoso y amable». En la visión del Crisóstomo, la bondad es más importante y supone que la persona es paciente y no reclama sus propios derechos incluso cuando sufre una injusticia, sea de quien sea, incluso por parte de un criado. Por ello, añadirá que los niños han de aprender a no ser insolentes con nadie, sea cual sea su condición social, «porque quien sabe que no puede ser insolente con su propio criado, mucho menos calumniará e injuriará al que es libre y tiene su mismo rango» (*De Inani* 31). La virtud crece, dirá el Crisóstomo, cuando se enseña a los niños/as a ser buenos, amables, a perdonar (todos estos son atributos de Dios), a ser generosos, a amar a sus semejantes, a considerar la edad presente como nada.

En todo este aprendizaje juegan un papel esencial el relato de las historias bíblicas de donde extraer los modelos bíblicos de virtud.

2.2.4.1. Modelos bíblicos de virtud

Si la educación en Griega y en Roma, se seleccionaban una serie de modelos (*exempla*) idealizados de virtud, tomados o bien de la poesía o de la historia nacional, para lograr una conducta lo más posible ajustada a los ideales establecidos y que fuera beneficiosa para la sociedad, así también en el mundo cristiano. Las historias que aprenden de memoria, las alabanzas y encomios de los ejemplos propuestos ayudan a que se suscite, a juicio de Platón, «el deseo de imitarlos o emularlos»⁷⁵. Los ejemplos son, por tanto, medios pedagógicos para ser imitados o rechazados,

⁷⁵ PLATÓN, *Prot.* 325 E-326 B; cf. PLUTARCO, *De lib. educ.* 16. En el mundo judío, Filón, también habla de que «una bella imitación no podría jamás nacer sin un bello modelo» (*Opif.* 16,2).

según el tipo de conducta que representen⁷⁶. En el mundo judío también se proporcionan modelos concretos para ser imitados: por ejemplo, José, modelo de misericordia (*Test. B.*, 4,1); Moisés (Filón, *Mos.* I,158), y por supuesto, imitar las obras de Dios (*Leg.* I 48). Josefo cuenta que la ley ordena a los padres que enseñen a los niños las acciones de sus antepasados (cf. Dt 6,7; 11,19) para que las imiten (*C. Ap.* II 25.204).

El conocimiento de las Escrituras proporcionó a los cristianos ejemplos concretos que ofrecer a sus hijos para llegar a ser auténticos creyentes y llevar una vida según el Evangelio. Ya la carta a los Hebreos exhortaba a los creyentes a ser «imitadores de los que han heredado por su fe y perseverancia, las promesas» (Heb 6,12), es decir, invitaba a imitar a los santos del Antiguo Testamento como Abraham y Melquisedec. Así, san Juan Crisóstomo pide que se cuente a los niños la historia de Caín y Abel, o la de Esaú y Jacob, para que puedan *sacar frutos* de la misma⁷⁷, y se siembre en ellos el temor de Dios⁷⁸ (*De Inani* 40.44). Los cristianos no instruyen a sus hijos a partir, por ejemplo, de los poetas, o las tragedias clásicas, o la comedia, porque contienen enseñanzas morales no adecuadas para los cristianos⁷⁹.

Por el contrario, leen o narran⁸⁰ a sus hijos las historias bíblicas, principalmente el Antiguo Testamento, hasta la adolescencia en que comenzarán con el Nuevo Testamento⁸¹. Probablemente la preferencia del Anti-

⁷⁶ Cf. F. RIVAS, *El proceso pedagógico de la imitación (MIMHSIS) en Ignacio de Antioquía*: EE 80 (2005) 3-50.

⁷⁷ «Efectivamente, cuando el alma recibe la historia, debe sacar frutos pro sí misma antes de tu intervención, pero dile tú también después: ¿Ves cómo está mal la glotonería? ¿Ves cómo está mal envidiar a un hermano? ¿Ves cómo está mal pensar que uno puede esconderse de Dios? Porque él lo ve todo, también lo que se hace a escondidas» (*De Inani* 40).

⁷⁸ «En efecto, si un mito cualquiera sobrecoge su alma de tal manera que llegan a considerarlo digno de fe, ¿cómo no les va a sobrecoger lo que es cierto verdaderamente, llenándolos además, de un gran temor» (*De Inani* 44).

⁷⁹ Cf. GREGORIO DE NISA, *Vida de Macrina* 3,1. En *De Inani* 39 dirá el Crisóstomo: «¿No es mucho mejor contar estas historias y no las de carneros con vellocinos de oro y la charlatanería aquellas?». Se está refiriendo aquí a la historia de la expedición de los argonautas que se utilizaba en las escuelas para leerla y comentarla, sobre todo la versión de Apolonio Rodio (siglo III a.C.).

⁸⁰ Al narrarlas cuidarán de no añadir nada falso, sino lo que viene en la Escritura. Cf. *De Inani* 39.

⁸¹ Juan Crisóstomo elegirá aquellas narraciones del Antiguo Testamento que están en sintonía con las enseñanzas del Nuevo Testamento.

guo Testamento se debe, en *primer lugar*, a que contiene más narraciones que el Nuevo Testamento y eso facilita el aprendizaje y la memorización de los niños. Y, en *segundo lugar*, porque el Primer Testamento ofrece material más adecuado para extraer enseñanzas morales e introducirse en el campo de las virtudes⁸². La narración de las historias se ajustará a la edad de los hijos, y Crisóstomo advierte de no asustarlos con narraciones y contenidos no adecuados a su edad. Por eso aconsejará que no se les hable del infierno hasta los quince años, que oigan hablar del diluvio, Sodoma, Egipto —historias llenas de castigos—, cuando tengan alrededor de diez años (*De Inani* 52). Al escuchar estas historias («de casa») y no los mitos paganos, no entrará en ellos nada pernicioso y corrupto, de manera que también podrá hablar lo que es adecuado y comportarse rectamente. La ciudad, metáfora del alma del niño, está custodiada por la puerta del oído.

De los ejemplos propuestos en las narraciones bíblicas aprenden dimensiones esenciales de la fe cristiana: de la historia de Caín y Abel, la primera que se ha de contar a los niños, aprenderán dos de los pecados a evitar: la codicia/glotonería y la envidia: «¿Ves cómo está mal la glotonería? ¿Ves cómo está mal envidiar a un hermano? ¿Ves cómo está mal esconderse de Dios?» (cf. *De Inani* 39-40)⁸³. De esta narración aprenderá igualmente la doctrina de la resurrección, cuando le cuente al niño que Abel fue acogido por Dios en el cielo donde está con él desde su muerte (*De Inani* 39). Pero contiene, además, otra enseñanza para el niño: aprender a no dolerse cuando se sufre. Se justifica con el ejemplo de Abel que ha sido justo y es estimado por Dios, y sin embargo, muere y es llevado por Dios al cielo (*De Inani* 42).

La siguiente historia que aprenderán los niños es la de otros dos hermanos, Jacob y Esaú, una narración que proporcionará a los niños mayor placer «por cuanto la peripecia es mayor y ellos de más edad» (*De Inani* 43). Este relato les instruirá sobre la importancia del propio control y de la

⁸² O. M. BAKKE, *When Children Became People*, 194.

⁸³ De las ofrendas que Caín, en contraste con Abel, hizo a Dios dirá: «El mayor, sin embargo, no obró de este modo, sino que fue, guardó para sí los mejores frutos de sus fatigas y ofreció a Dios los de menos valor. Dios ni siquiera se fijó en ellos, sino que volvió el rostro y los dejó sobre la tierra» (*De Inani* 39). Y seguirán con el asesinato de Abel debido a la envidia de su hermano. El tema de la envidia ha sido ampliamente tratado en la literatura cristiana: 1 Clem 4,1-7; JERÓNIMO, *Ep.* 125.

moderación⁸⁴. Aprenderán que el vientre no es un dios, y que no pueden estar obsesionados con la adquisición de honor, con las posesiones y la prosperidad que proporcionan las cosas terrenales. Esaú es el contraejemplo, ya que perdió los derechos de primogenitura por «la intemperancia de su estómago» (*De Inani* 44). De la historia de José (cf. Gen 39,7-20) los hijos más mayores aprenderán todo lo relativo a la castidad. A partir de ahí se le enseñará lo importante que es progresar en la virtud para tener una esposa buena y virtuosa (*De Inani* 61; cf. 62). Otros ejemplos que se les pueden enseñar son los de Daniel, José, Salomón, Jerémías, etc., de quienes los niños aprenderán la importancia de la oración.

2.2.4.2. El cuidado de las facultades del alma

En *De Inani* continuará el Crisóstomo con las partes o características del alma, «las viviendas de la ciudad»: *thymos*, *epithymia* y *logistikon*, y de cómo ocuparse de ellas para que nazcan las virtudes (64-87). Los padres han de cuidar bien la educación de estas «viviendas de la ciudad», porque «estas facultades del alma son como madres de los pensamientos» (65). Por tanto, les compete vigilar para que, teniendo pensamientos virtuosos, el alma del niño reaccione, desee y razone virtuosamente.

El *thymos*, localizado en el pecho y el corazón, aporta un fuerte impulso para la acción, lo que determina la manera de reaccionar frente a otras personas o situaciones. Esta reacción puede ser virtuosa o no. La virtud, es la sobriedad y la moderación; el vicio, en cambio, la insolencia y la brusquedad (*De Inani* 65). Por ello, es muy importante, educar al infante en el dominio de sí mismo y en la paciencia, enseñarle a soportar la injusticia. Animará el Crisóstomo a que se entrenen con sus propios criados soportando que no les hagan caso y no enfadándose cuando son desobedecidos; por el contrario, deberán analizar concienzudamente sus faltas (*De Inani* 67). Y aportará otros medios, como que el padre o el hermano, o un criado le provoquen y le irriten —eso sí, todos teniendo como objetivo la victoria del chico— y así vaya aprendiendo a dominar sus sentimientos y a permanecer en calma.

El *thymos* no debe llevar nunca a que una persona se defienda a sí misma, pero sí que lo haga a favor de quienes han sufrido una injusticia.

⁸⁴ Detrás está un *topos* de la moral en la Antigüedad y que las tradiciones cristianas asumieron y relevaron a la luz de su fe en Jesucristo. Véanse las referencias en K. O. SANDNES, *Belly and Body in the Pauline Epistles*, Cambridge 2002, 244-252.

Así lo hizo Moisés, que reaccionó defendiendo a su hermano golpeado. «El que era el más humilde de todos los hombres» (cf. Num 12,3), sin embargo, «en cuanto lo insultaron, ya no se defendió, sino que huyó» (cf. Ex 2,11-15; *De Inani* 69)⁸⁵. Para que la facultad del *thymos* sea virtuosa los niños han de aprender a ser indulgentes y comprensivos con todos, y también con sus criados: «así, partiendo de cosas sin importancia, soportará también los daños graves» (*De Inani* 73); que aprendan también a poner por delante a su hermano pequeño e incluso a su criado. «Esto es propio de una altísima filosofía», es decir, de un excelente dominio de sí en sentido cristiano (*De Inani* 74).

La *epythimia* o el deseo, que ataca con fuerza, dirá el Crisóstomo, a los quince años. Los padres han de velar y educar a su hijo para que aprenda el dominio de sí mismo. Y para ello da una serie de consejos prácticos: que no vaya al teatro y que se le ofrezcan otras diversiones, por ejemplo, ir a ver hombres santos (es decir, ascetas y monjes que vivían en las afueras de Antioquía y en el desierto de Siria), y que se le den regalos para que pueda soportar la privación. Junto a ello, será importante dialogar y razonar con ellos, a la vez que se les muestra mucho cariño (*De Inani* 78). Una de las estrategias educativas será la de la emulación o rivalidad. Los padres han de hablarle de otros chicos de su edad que no van y así, especialmente si es pundonoroso, por emulación, no irá. Un medio, para el Crisóstomo más eficaz que las promesas y que todo.

Advertirá también de la importancia de evitar el trato con las chicas de su edad, también de las criadas, y de tener con él conversaciones «sobre el reino de los cielos y los que antaño brillaron por su castidad, tanto entre los paganos como entre los nuestros» (*De Inani* 79). Y le ayudará, además, el ayuno, la oración y el acudir a la iglesia. A los padres les corresponde buscar una esposa adecuada para su hijo y casarlo cuanto antes para salvaguardar la castidad (*DA* 22). A esto último ayudarán también los elogios que oiga del obispo (*De Inani* 83), muy importan-

⁸⁵ Este aprendizaje llevará al niño a servirse a sí mismo (p.e., lavarse él mismo los pies, coger su propio manto, bañarse por sí solo, etc.), no echando mano de los criados, excepto en aquellas cosas que no sea posible otra cosa. De esta manera crecerá como una persona vigorosa, modesta y afable (*De Inani* 70). En ningún caso significa que el Crisóstomo borre las fronteras sociales, ya que a la vez que exhorta a educar a los niños en el trato a los esclavos como hermanos, al mismo tiempo pide que se les enseñe el orden natural (*De Inani* 71).

tes en culturas que consideran el honor y el reconocimiento público (especialmente de las personas más importantes) como un valor central.

La *phronêsis* o manera de pensar, entendimiento, inteligencia, «la señora de todos, la que gobierna todo lo demás» (*De Inani* 85). Es decir, que en línea con una idea muy extendida, las buenas acciones son la consecuencia de una manera correcta de ver las cosas. Llegar a conocer lo que es recto implica que los niños han de ser entrenados en la verdadera filosofía, la cual incluye las verdades básicas acerca de Dios, «todo lo que nos está reservado allá arriba, lo referente al infierno, lo que toca al reino de los cielos» y que adquiriera el temor de Dios, principio de la ciencia (*De Inani* 85). Así el niño/a llegará a ser inteligente y no insensato/a (es decir, guiado por las pasiones). La madre se encargará de educar a las hijas para que se aparten «del lujo, los adornos y todas las demás cosas que son propias de mujeres del mal vivir» (*De Inani* 90).

2.2.5. *Rezar en familia y en la Iglesia*

La práctica de la oración en la familia se encuentra ya en testimonios muy tempranos. Aparece ya en Tertuliano, en el tratado *Ad uxorem*, escrito a modo de testamento espiritual en el que consigna consejos a su mujer para que los siga cuando él se haya ido de este mundo. Hablando de la excelencia del matrimonio dirá que ambos cónyuges «rezan juntos, adoran juntos, ayunan juntos, se enseñan el uno al otro, se animan el uno al otro, se soportan mutuamente... cantan juntos los salmos e himnos. En lo único que rivalizan entre sí es en ver quién de los dos cantará mejor. Cristo se regocija viendo a una familia así, y les envía su paz» (Tertuliano, *Ad uxorem*, II, 8, 6-9).

En su homilía sobre Ef 5,22-23, el Crisóstomo instará igualmente a que la familia rece junta (*Hom. in Eph. XX* 9), y en *De Inani* 80, exhortará enseñar a los hijos a rezar «con mucho celo y compunción». El hecho de ser pequeños no es excusa para no hacerlo, ya que «el niño pequeño de mirada penetrante y espabilado es especialmente capaz de ello», al igual que lo hicieron, por ejemplo, Daniel o José. De este texto se deduce también la práctica del ayuno.

También los «ordenamientos eclesiásticos» exhortan a orar en familia y en la comunidad. Esta praxis sería para los hijos un ejemplo, a la vez que la ocasión de aprender a rezar. En concreto, en la *Traditio apos-*

tolica (TA) de Hipólito (siglo III)⁸⁶, se habla tanto de la oración en la familia como de la participación de la oración en la comunidad cristiana. De este modo los hijos e hijas aprenden a rezar: «Todos los fieles, hombres y mujeres, cuando se levanten por la mañana, antes de emprender cualquier trabajo, se lavarán las manos y rezarán a Dios y, de este modo, se dispondrán a trabajar. Si se hace alguna instrucción de la palabra de Dios, se preferirá ir allí [a la Iglesia], estimando en su corazón que es a Dios a quien oye y quien le instruye». Y si no hubiera instrucción, se les insta a permanecer en casa y tomar un libro santo y hacer una *lectura suficiente*, de modo que le proporcione utilidad. Y seguido dice: «Si estás en casa, reza a la hora de tercia y bendice a Dios», y se indican además otros tiempos adecuados para la oración: sexta y nona (TA, 41).

Tanto la DA 13 como las CA II, 59,2-3 exhortan a no preferir los asuntos mundanos⁸⁷ a la Palabra de Dios y por ello urgen a que los creyentes acudan cada día a la oración y a escuchar la Palabra a la iglesia, especialmente el día del Señor, el domingo (y el sábado, dicen las *Constituciones apostólicas*, que además añadirán el reunirse para cantar los salmos todos los días, por la mañana y por la tarde)⁸⁸.

La participación de los niños en el culto y las celebraciones litúrgicas de la asamblea cristiana está bien atestiguada. De ahí que la educación de los padres suponía igualmente llevar a sus hijos a la Iglesia para que participasen de la vida eclesial. «Llévalo también de la mano a la iglesia», dirá san Juan Crisóstomo (*De Inani* 41).

3. FAMILIAS QUE DAN TESTIMONIO DE CRISTO CON LAS OBRAS

Las primeras comunidades aportaron dos grandes novedades al *ethos* del mundo antiguo. Su fe en Cristo les llevó a debilitar las fronteras exis-

⁸⁶ Hoy se plantean bastantes objeciones a la reconstrucción del texto de la *Tradición Apostólica* de Hipólito realizada por B. Botte a partir de algunas obras tardías que usaron o testimoniaron material común. Cf. *Constituciones apostólicas*. Introducción, traducción y notas de J. J. Ayán Calvo, Madrid 2010.

⁸⁷ Pondrá como ejemplos, los baños y las comidas temporales. Cf. CA II 60, 1.

⁸⁸ «Reuníos cada día, por la mañana y por la tarde para cantar y orar en las casas del Señor, recitando por la mañana el salmo sesenta y dos, y por la tarde el salmo ciento cuarenta. Sobre todo el sábado y el domingo, día de la resurrección del Señor, afa-naos en reuniros, para elevar la alabanza a Dios que creo el universo por medio de Jesús».

tentes, por *un lado*, entre los que están dentro y fuera del propio grupo, porque el amor se desplegó más allá de sus propios grupos y, por *otro lado*, entre gentes de diversa procedencia socio-económica, religiosa y cultural, porque renunciaron al estatus⁸⁹. Ambos principios se fueron plasmando en distintos modos de afrontar la familia, la profesión, las múltiples interacciones sociales, los modos de vida, las relaciones con la riqueza y el poder, la apuesta por unos valores frente a otros, etc.

La fe en el resucitado impregnó las conductas y los modos de vida. La fe que comunicaban a sus hijos, en la que los educaban y que se compartía en familia, se transparentaba en una praxis que testimoniaba como el corazón se había dejado transformar por la Gracia. Su praxis acreditaba la fe que profesaban y testimoniaban. La educación dada en la familia contribuye a generar y fortalecer el sentido de pertenencia a la comunidad cristiana, y al mismo tiempo a marcar las diferencias con los grupos que no lo son. La educación dada a sus hijos les ayudará a jerarquizar los valores, a ejercitarse en los del evangelio y contribuirá a que nazcan en ellos las virtudes cristianas. Es muy elocuente en este sentido una reflexión del Crisóstomo en la que critica muy duramente a los padres que confunden a sus hijos cubriendo los vicios con bonitos nombres y bautizando con nombres contrarios a la virtud. «Llaman —dirá— urbanidad a la asistencia continua a hipódromos y teatros, libertad a la riqueza, magnanimidad a la ambición de gloria, franqueza a la arrogancia, amor a la disolución, y valentía a la iniquidad; y del lado de las virtudes, llaman «rusticidad a la templanza, cobardía a la modestia, falta de hombría a la justicia; la humildad/modestia/sin orgullo es para vosotros servilismo y la paciencia debilidad»⁹⁰.

De maneras distintas los textos insisten en que el ejemplo será un medio eficaz en la educación. De ahí que la praxis cristiana que tratan de enseñar a los niños y jóvenes ha de ser vivida por los mismos padres y educadores para que sea creíble. Si los hijos ven en sus progenitores aquello que se les enseña, se sentirán invitados a vivirlo por igual, pero si ven que se ama la virtud, que se persigue el honor y el poder igual que los no cristianos, ¿cómo van a creer?, se pregunta san Juan Crisóstomo en su homilía X a la primera carta a Timoteo. Por tanto, padres y madres han de ordenar sus vidas según la ley de Dios y de ese modo sus hijos se

⁸⁹ Cf. G. THEISSEN, *La religión de los primeros cristianos*, Salamanca 2002, 87-105.

⁹⁰ *Oppugn.* III, 7.

someterán con mucho gusto a la misma ley (*Hom. in Eph. XXI*). Pero, no solo ellos, sino también todos los demás miembros de la familia, como insiste en distintos momentos en su tratado *De Inani gloria*.

3.1. EN EL MUNDO SIN SER DEL MUNDO

Los principios generales se plasman en acciones muy concretas, y son éstas las que los hacen creíbles. Los primeros creyentes en Cristo viven con el resto de las gentes, como ellos se alimentan, se visten, se instruyen, pero en realidad son diferentes⁹¹. Su fe en Cristo les lleva a rechazar estilos de vida, costumbres antiguas, etc. En realidad viven como «extraños y forasteros», esperando «la ciudad asentada sobre cimientos, y cuyo arquitecto y constructor es Dios» (Hb 11 8-16). Un estilo de vida mundano aleja del cristianismo, y aleja del mensaje que se quiere transmitir. Por ello, en la educación, los padres están llamados a educar a sus hijos para que permaneciendo en el mundo, destaquen por su vida de piedad (*De Inani* 19).

La discusión sobre qué ceremonias frecuentar o qué costumbres podían seguir aparece desde muy temprano. En el tratado *De idolatria* XVI, Tertuliano distingue algunas ceremonias a las que, según él, no hay problema que asistan los cristianos, como por ejemplo, el revestimiento de la toga viril, o lo que tiene que ver con los ritos nupciales o la fiesta de imposición del nombre a los hijos (*nominalia*), y aquellas otras de las que los cristianos se tienen que mantener alejados, como ceremonias de ritos sacerdotales paganos o de realización de sacrificios. Mientras las primeras no tienen peligro de idolatría, las últimas sí. En las obras analizadas sobre la educación de los hijos, apenas hay referencias a este punto, pero sí se observa una tendencia a que los padres limiten el contacto de sus hijos con el entorno pagano para evitar que nos les influya⁹².

En línea con la prevención que las fuentes cristianas manifiestan sobre la asistencia a los espectáculos, se exhortará a los padres a enseñar a sus hijos que estos espectáculos dañan su vida, porque allí oyen y ven cosas que los corrompen, y por tanto, les exhorta para que no los manden nunca

⁹¹ TERTULIANO, *Apologet.* 42,1: «¿Con qué razón, siendo así que vivimos con vosotros, como vosotros nos alimentamos, nos vestimos, nos instruimos, participamos de la misma necesidad de vida que vosotros?».

⁹² Cf. O. M. BAKKE, *When Children Became People*, 218.

al teatro (*De Inani* 56). Los *christianoi* convivían con sus vecinos, «sin evitar el foro, el mercado, los baños, tabernas, oficinas, albergues, vuestras ferias y los demás lugares donde se comercia» (Tertuliano, *Apologet.* 42,2). Se alejaban, en cambio, de los espectáculos porque reconocen que se sienten «extraños a los contenidos que representan. Pues nuestra palabra, vista y oído nada tienen en común con la locura del circo, con la obscenidad del teatro, con la atrocidad del anfiteatro, con la vanidad del pórtico» (*Apologet.* 38,4). Renuncian, por tanto, a ellos, y así educan a sus hijos e hijas.

El autor de las *Constituciones apostólicas* (y ampliando mucho el texto de la *DA* 13) será muy duro en su juicio contra quien corren a las pompas de los griegos y se apresuran a ir a los teatros, «deseando ser tenido por uno de los que allí acuden a participar en espectáculos inconvenientes, más aún abominables» (II 61,2). Y advierte: «Guardaos de no recrearos con los perdidos, que son la asamblea de los paganos, que conduce al engaño y a la perdición... evitad las inconveniencias de los espectáculos, me refiero a los teatros y a las pompas griegas, los conjuros, los presagios, las adivinaciones, los encantamientos, los vaticinios, los augurios, la nigromancia, las invocaciones» y aporta un buen número de citas del Antiguo Testamento para justificar su postura (II 62,1-2). Lo que el autor denuncia en su escrito es que participar de las costumbres paganas implica caer en una trampa que llevará necesariamente a comulgar con «los demonios» y con la impiedad (II 62,3-4).

Un asunto muy concreto lo trata *De Inani* 48, donde invita a los padres a que no pongan nombre a sus hijos siguiendo los usos paganos. Es decir, que se aparten de la costumbre pagana de encender luces donde han puesto distintos nombres y esperar a ver cuál se apaga antes y elegir así el nombre para su hijo de aquella que ha lucido más tiempo. El hecho de que en esto, como en otras cosas, se guíen por las prácticas paganas, dice el Crisóstomo, «asegura la ruina segura a quienes las hacen». Y advierte que «no se trata de pequeñeces y de hechos sin importancia». Es como un aviso para hacerse consciente de que por pequeños gestos, pequeñas acciones, se pueden ir desviando en la práctica del discipulado y del Evangelio predicado por Jesús.

Otra cuestión concreta está en relación con la asistencia a los baños públicos. Tertuliano informa los cristianos convivían con el resto de sus vecinos, «sin evitar el foro, el mercado, los baños, tabernas, oficinas, albergues, vuestras ferias y los demás lugares donde se comercia» (*Apologet.*

42,2). Sin embargo, el Crisóstomo exhortará a los padres que no dejen que sus hijos se bañen con mujeres, haciendo alusión a los baños donde hombres y mujeres acudían juntos, frecuentes a pesar de los decretos imperiales que los prohibían. La exhortación está dirigida a custodiar una de las puertas de la ciudad, la de la vista, y se preocupa por guardar la castidad.

3.1.1. *Desprecio de las riquezas y del honor*

La condición de *extranjera* de los cristianos con respecto al mundo, se percibe sobre todo de manera en su desprecio de las riquezas y del honor al estilo del mundo. Entre las prácticas más criticadas en el cristianismo de los orígenes está la codicia o avaricia, vinculándola incluso con la idolatría (Col 3,5; Ef 5,5). Timoteo denunciará que «los que quieren enriquecerse caen en la tentación, en el lazo y en muchas codicias insensatas y perniciosas que hundan a los hombres en la ruina y en la pérdida», no dudando en afirmar que «la raíz de todos los males es el afán de dinero. Algunos por dejarse llevar de él, se extraviaron en la fe y se atormentaron con muchos dolores (1Tm 6,9-10). Frente a ello recomendará vivir de manera modesta, sobriedad en el vestir y en el comer («mientras tengamos comida y vestido, estemos contentos con eso», 1Tm 6,6). La vida cristiana ha de estar alejada de todo cuanto significa acumular y no compartir (cf. 1Tm 6,11). No se trata de renunciar a los bienes, sino de usarlos con moderación.

En esta línea, Justino dirá que «los que amábamos por encima de todo el dinero y los acrecentamientos de nuestros bienes, ahora, aun lo que tenemos, lo ponemos en común, y de ello damos parte a todo el que está necesitado» (*I Apol.* 14.2). Y Policarpo: «amamos lo que Él amó, apartándonos de toda maldad, de la ambición, de la avaricia» (*Phil.* 2.2), porque «principio de todos los males es la avaricia». Por ello, insta a vivir con justicia y a andar en el mandamiento del Señor (*Phil.* 4.1). Y el Crisóstomo considerara que el desprecio de las riquezas es una de las virtudes cristiana (*Hom. in Eph.* XXI, 4)⁹³.

La educación de los niños (especialmente los de las clases ricas) no puede estar al margen de estos principios y de esta praxis tan valorada

⁹³ En el mismo texto habla de la elevarse por encima de la envidia y de todo movimiento irracional del alma. Cf. A.-M. MALINGREY, «*Philosophia*», 277-278.

en el cristianismo: «Que [el niño] aprenda —dirá el Crisóstomo— a no dar ningún valor a las riquezas, ninguno a la gloria humana, ninguno al poder, ninguno a la muerte, ninguno a la vida presente. Así será sabio» (*De Inani* 87). Y en la homilía a Ef 6,1-4, subrayará el deber de los padres de enseñar a sus hijos a pasar por alto las glorias de este mundo que son pasajeras. La enseñanza ha de conducirles a valorar la verdadera sabiduría, la que viene del evangelio (*Hom. in Eph. XXI*). Si desde el principio se lleva al joven a la esclavitud del dinero, de las riquezas, de la vanagloria, se pregunta el Crisóstomo, «¿cuándo podrá ser libre, cuándo levantará cabeza de entre las olas, siendo así que todos lo empujan, todos están empeñados en hundirlo y lo ponen en trance forzoso de ahogarse?»⁹⁴.

Para que la educación ayude a combatir las pasiones de la avaricia y de la vanagloria, es esencial que las familias vivan sin suntuosidad y sin dar una importancia radical ni a las riquezas, ni al honor ni al estatus, todo ello en realidad cosas secundarias frente a la principal que es vivir como creyentes al estilo de Cristo. Así se expresa san Juan Crisóstomo: «La dignidad no consiste en el esplendor de la casa, ni en la suntuosidad de los cobertores, ni en un lecho bien cubierto, ni en un triclinio adornado, ni en una muchedumbre de criados. Todas estas cosas son exteriores a nosotros y no nos atañen en nada. Lo que a nosotros nos concierne es la moderación, el desprecio de las riquezas, el desprecio de la gloria, el reírse de la honra que viene de la masa, el considerar en nada las cosas humanas, el amar la pobreza, el trascender la naturaleza mediante una vida virtuosa. Esto es dignidad, esto es gloria, esto es honor» (*De Inani* 15). Se exhortará a los padres (ricos) para que desde que nacen eduquen a sus hijos no adornándolos con vestidos lujosos ni con adornos alrededor de su cuello, es decir, con costumbres que pueden generar en él un «desmesurado amor a las riquezas y persuadiéndolo para que se apasione con las cosas vanas». Sera firme al decir que para educar a un niño se necesita un pedagogo pero no oro (*De Inani* 16)⁹⁵.

Critica a los padres que llevan al extremo su preocupación por la ostentación, pero al alma no la tienen merecedora de una mínima parte de este cuidado: «Dispuestos estáis a soportarlo todo por tener en casa una estatua de arte primoroso y un artesonado de oro, mas que la más preciosa

⁹⁴ Cf. *Oppugn.* III, 6.

⁹⁵ Cf. *Oppugn.* III, 7.

de las estatuas, el alma de vuestros hijos, sea de oro, en eso no queréis ni poner el pensamiento», porque efectivamente así la educación cristiana de los hijos es inviable. El ejemplo de vida es contrario al evangelio. Han idolatrado las riquezas y han perdido la capacidad de abrirse a la alteridad. Pero, además, será necesario que los padres no pongan todo el empeño en que su hijo «pueda tener esclavos, pueda montar a caballo, vista el mejor vestido». Mientras esta es la ocupación de los padres, no se preocupan de cómo ha de ser realmente mejor⁹⁶. En concreto, en estos pasajes san Juan Crisóstomo ofrece una redefinición del honor, valor central en el mundo mediterráneo antiguo: la verdadera gloria proviene de Dios y no de la vanagloria que es inestable y fútil⁹⁷.

Todo esto «ensombrece las almas» de los niños y jóvenes, y los aleja de la salvación porque en realidad, dirá el Crisóstomo, «se los incita a hacer todo aquello que Cristo declaró ser impedimento absoluto de la salvación».

Uno de los ejemplos bíblicos para vivir de esta manera será Abraham, modelo de hospitalidad, de no apegarse a las riquezas, ni estar atado a la propia tierra, ni a la familia, ni a los amigos, mucho menos a la fama y al dinero. Al igual que otros grandes personajes del Antiguo Testamento es ejemplo de verdadera sabiduría, esa que es necesaria para educar a los hijos en la disciplina y la instrucción del Señor, que en el contexto de la *Hom. in Eph. XXI* se concreta en preparar a los hijos (está pensando ciertamente en familias acomodadas) para las dificultades de la vida, y la riqueza es un estorbo. Amén del aprendizaje de que el amor a las riquezas no está de acuerdo con un estilo de vida cristiano, el Crisóstomo apunta en este caso a una educación que prepare a los hijos para las situaciones difíciles que les tocará enfrentar en la vida.

El ejemplo provendrá también del modo de conducirse los obispos, a los que la *DA* y las *CA*⁹⁸ instan a que verifiquen bien de donde viene el dinero recogido para ayudar a viudas y huérfanas. Se les advierte de no

⁹⁶ Cf. *Oppugn.* III, 7.

⁹⁷ En *In Iohan.* 38,5 dirá: «Aunque hagamos infinidad de buenas acciones, el daño de la vanagloria lo destruye todo. Si deseamos alabanzas, busquemos las que proceden de Dios. La alabanza de los hombres, cualquiera que sea, tan pronto como se manifiesta se destruye, y aunque no se desvaneciera, no nos proporciona ningún beneficio, ya que procede con frecuencia de un juicio corrupto... nada corrompe tanto al alma como el deseo exagerado de gloria».

⁹⁸ *Did.* 18; *CA* IV 6,1-7.

tomar dinero de manos que no sean honradas, bien por el comportamiento que tienen (p.e., extorsionar a los pobres) o por ejercer profesiones que no son admitidas por los cristianos.

La austeridad será, por tanto, una de las virtudes que los padres han de enseñar a sus hijos: «no le permitamos el contacto con vestidos delicados ni con cuerpos. Hagámosla [la puerta del tacto] austera. Criamos a un atleta... Que no use, entonces, ni camas ni vestidos delicados» (*De Inani* 63). A las madres en concreto, el Crisóstomo las aconseja que eduquen a sus hijas apartándolas del lujo y de los adornos, de vanidad y de la vida regalada, es decir, dirá, de cosas que «son propias de mujeres de mal vivir» (*De Inani* 90). Las críticas contra el adorno en las mujeres es un tema recurrente en el cristianismo desde la primera carta a Timoteo⁹⁹. Tradicionalmente se entiende que el afán por arreglarse era una señal inequívoca de ambición y, sobre todo, de seducción¹⁰⁰. Por ello, se las etiqueta de prostitutas, concubinas y adúlteras oponiéndolas, por tanto, a la categoría de hijas y esposas fieles. Merecen el desprecio social —y también el de la divinidad¹⁰¹— porque su comportamiento corrompido les ha llevado a abandonar sus deberes tradicionales: el cuidado del marido y de los hijos. Su conducta se califica de intolerable¹⁰².

San Juan Crisóstomo es muy crítico con los banquetes de boda llenos de despilfarro y suntuosidad (*De Inani* 88). El preparar una boda sencilla (cf. *Hom. in Eph* XX 7; *Hom. in Col* XII 4) contribuye a que el novio «aprenda a educar así a sus propios hijos y éstos a los suyos, y de esta manera se formará una cadena de oro» (*De Inani* 88). Para comprender la sensibilidad cristiana a este respecto es muy ilustrativo un texto de Hermas en sus visiones: «... algunos por sus muchas comidas debilitan su cuerpo y causan daños a sus cuerpos. La carne de aquellos que no tienen qué comer también se daña por no tener el alimento suficiente, y su

⁹⁹ Aparece, no obstante, también en el mundo pagano: JUVENAL, *Sat.* VI 490-510; PLUTARCO, *Mor.* 218E.

¹⁰⁰ Cf. FILÓN, *Virt.* 39s.; SÉNECA, *Ben.* VII 9; Jdt 10,4: «Calzó unas sandalias y se puso brazaletes y pulseras en sus dedos, los pendientes y todas sus joyas de modo que embelleció muchísimo para seducir la mirada de todo hombre que la viese».

¹⁰¹ CLEMENTE DE ALEJANDRÍA, *Paed.*, III 8.1: «Pues bien, si éstas son despreciables, incluso para los poetas paganos, por su manera de comportarse, ¿cómo no van a ser rechazadas por la Verdad?».

¹⁰² «Todo se lo permite la mujer y nada reputa vergonzoso si ha rodeado su cuello de esmeraldas y cuelgan de sus tensas orejas unos grandes pendientes». JUVENAL, *Sat.* VI 460.

cuerpo se echa a perder. Así pues, esta inmoderación os perjudica a los que tenéis y no compartís con los necesitados. Mirad que viene el juicio. Por tanto, los que tenéis abundancia buscad a los hambrientos mientras no esté acabada la torre, pues después que la torre se haya acabado, queréis hacer el bien y ya no tendréis ocasión» (*Vis.* III 9,2-5).

Las críticas a los banquetes y otras muestras de riqueza en vestidos, en la casa, etc., son criticadas duramente como búsqueda de la vanagloria que centra el sentido de la vida en recibir las alabanzas, la adulación y el reconocimiento de los otros, y se olvida de los necesitados y de «Cristo, indigente y privado del alimento necesario» (*De Inani* 12). A los cristianos se les pide un cambio en su concepción del honor, y así han de transmitirlo a sus hijos en la educación que les den: «No es dignidad el llevar bellos mantos, sino que es dignidad revestirse de bellas acciones» (*De Inani* 14).

3.1.2. Preocupación por los pobres y necesitados

La idea del compartir con los que tienen necesidades está presente desde el principio del movimiento cristiano, como ampliamente testimonian muchos de los primeros documentos cristianos: «no había entre ellos ningún necesitado», dirán los Hch 4,34 pensando en el ideal de comunidad cristiana. En los textos que abordan la educación de los hijos apenas se concreta nada en esta dirección, aunque la crítica a la codicia innegablemente está vinculada al compartir. No obstante, las exhortaciones y reflexiones que otras muchas obras y referencias hacen, hay que leerlas con el trasfondo de que están dirigidas no a individuos aislados, sino a personas que están estrechamente vinculadas a sus familias y que no se entienden, ni comprenden la vida, ni se relacionan y actúan al margen de las mismas. De ahí que puede ser útil pararnos sobre algunos de estos testimonios que exhortan a compartir con quienes lo necesitan.

Baste citar algunos de ellos, como Justino, quien se defiende de las acusaciones paganas, afirmando, entre otras cosas, que los cristianos socorren a todos los necesitados, siendo habitual entre ellos ayudarse (*Apol. I* LXVII). También Clemente de Alejandría se decanta en la misma dirección: «No es humano ni equitativo decir cosas como éstas: está a mi disposición y me sobra, ¿por qué no disfrutarlo? En cambio, es más conforme a la caridad decir: está a mi disposición, ¿por qué no repartirlo entre los que están necesitados? En efecto, es perfecto el que cumple el precepto: Amarás al prójimo como a ti mismo» (*Paed.* II 120,4).

Aunque no se discute la distribución de la riqueza entre ricos y pobres, san Juan Crisóstomo exhortará a los ricos a compartir y no acumular: «Y si el Señor te ha concedido tener más que los otros, no ha sido para que lo gastes en fornicación y embriaguez, en comilonas y en vestidos lujosos, sino para que lo distribuyas entre los necesitados... Y es así que el que quiere practicar la bondad no tiene que pedir cuenta de la vida, sino remedio de la pobreza y socorrer la necesidad»¹⁰³. No compartir supone negar a «Cristo, indigente y privado del alimento necesario» (*De Inani* 12).

Y en su *Homilía sobre el Génesis XX*, 5, exhorta a hacer «de lo inútil y superfluo algo necesario» de modo que pueda distribuirse «entre los que mueren de hambre y tiritan de frío», y lo justifica teológicamente: «Todo lo que depositas en manos de los pobres lo depositas en granero seguro, que es la mano misma de Dios». No hay excusa, dirá, para no socorrer a «los prójimos en las necesidades corporales». Quien lo haga, «aun cuando hubieren practicado la virginidad, serán excluidos de la cámara nupcial», es decir, del Reino.

La codicia rompe la comunión. El amor al dinero, dirá el Crisóstomo, induce a ser «envidiosos, malintencionados, juradores y perjuradores, temerarios, maldicientes, ladrones, sinvergüenzas, descarados, ingratos». Es la «síntesis de todos los males», dirá, en la casa, en el mercado, en el trabajo, en las cortes de justicia, etc., haciéndose eco del texto de 1Tim 6,10¹⁰⁴. Envueltos en los lujos, explicará en una de sus homilías sobre el Génesis, las personas se olvidan de los hambrientos, aunque de hecho, solo se les pida un pedazo de pan para aliviar el hambre, o pasan de largo de quienes tienen frío mientras ellas van envueltas en vestidos de seda. Las riquezas son para utilizarlas convenientemente, «aliviando las necesidades de quienes están necesitados, a fin de que no perdamos los bienes que duran para siempre»¹⁰⁵.

En una exhortación de Gregorio Nacianceno a la unidad e igualdad de todo el género humano, sin hacer discriminaciones, pide en concreto que los cristianos se ocupen de los enfermos y que socorran a los necesitados, que los ricos atiendan a las necesidades de los pobres, que las personas que se mantienen en pie ayuden a las que han caído y están abatidas; que los llenos de valentía animen a los desanimados, que los

¹⁰³ *Homilía II sobre Lázaro*, 1ss. Cf. J. BIOSCA GONZÁLEZ - I. MORA PÉREZ, *Posees lo ajeno cuando posees lo superfluo*, Madrid 2000, 63.

¹⁰⁴ Cf. *Oppugn.* III, 6.

¹⁰⁵ Cf. *Hom. in Gen. L.*

que gozan de prosperidad se ocupen de quienes se debaten en la adversidad ¹⁰⁶.

Entre los grupos necesitados de ayuda se encuentran también las viudas y los huérfanos, a los que las comunidades atienden con dinero y acogéndolos en las familias. En este sentido es muy elocuente el texto de la *DA* 8 (y de las *CA* II 25,1) sobre la tarea del obispo en relación a los pobres de la comunidad. Se consigna en primer lugar que recibe «ofrendas voluntarias» que distribuye adecuadamente entre huérfanos, viudas, los que pasan apuros y los extranjeros pobres. Nada se dice de quien las recibe, pero teniendo en cuenta que las familias son la base de la sociedad antigua, es evidente que provienen de ellas a través principalmente del *paterfamilias*. Tenemos aquí el testimonio de una praxis que sería habitual entre las familias cristianas en este período: compartir lo que tienen con los que tienen necesidad, al igual que el mismo obispo, a quien se le dice que si comparte con los necesitados será irrefutable ante Dios.

3.1.3. *Vivir en la profesión los valores del evangelio*

El trabajo fue altamente valorado en la tradición cristiana ¹⁰⁷. Los primeros cristianos vivieron insertos en su realidad, trabajando, conviviendo en los lugares habituales de la gente, manteniendo en lo posible su estilo y modo de ganarse la vida ¹⁰⁸, siempre que no se opusiera abiertamente al estilo de vida cristiano (p.e., trabajar en un templo pagano, o robar (Ef 4,28). A través de la profesión evangelizaban, y era igualmente la ocasión para mostrar la singularidad de vida a que estaban llamados por Cristo ¹⁰⁹.

¹⁰⁶ Cf. GREGORIO NACIANCENO, *Or.* 24, sobre el amor a los pobres.

¹⁰⁷ Se distingue así de los gnósticos (p.e., los valentinianos) que despreciaban la materia y la carne que esclavizan al ser humano, y de algunas corrientes filosóficas del mundo greco-romano (platonismo o epicureísmo), y de las clases ricas que consideraban el trabajo manual como una actividad sin honor. Cf. ELISA ESTÉVEZ, *Los primeros cristianos, modelo de espiritualidad laical*, en ELISA ESTÉVEZ (COORD.), *Hombres y mujeres de Espíritu en el siglo XXI*, Salamanca 2011, 57-65.

¹⁰⁸ Cf. TERTULIANO, *Apologet.* 42,1.

¹⁰⁹ Así lo testimonia Celso en el siglo II, uno de los principales críticos de los grupos cristianos: «... despliegan su enseñanza secreta en los mercados... en cualquier lugar en el que ven muchachos adolescentes y a una muchedumbre de esclavos y a una compañía de locos, allí van con ellos y se muestran abiertamente». ORÍGENES, *C. Cels.* 3,50.

No obstante, el trabajo, en palabras de las CA II 60,7, fue considerado algo «accesorio», necesario para la subsistencia, porque el verdadero trabajo es la piedad y cita Jn 6,29: «Trabajad no por el alimento perecedero, sino por el que permanece hasta la vida eterna». Para entender bien esta afirmación es necesario contextualizarla. Se halla en el desarrollo de una exhortación a mantenerse unidos a la comunidad eclesial, sin que ni la participación en actos o reuniones paganas, ni la excusa del trabajo, les impida acudir a la oración y a la escucha de la Palabra en la iglesia. No es, por tanto, que no considere la importancia del trabajo, sino que quiere subrayar la jerarquía de los valores en la vida cristiana. De hecho un poco más adelante invitará a los jóvenes creyentes a dedicarse «con toda santidad» a sus trabajos, y aporta las razones: de este modo pueden socorrerse a sí mismos y a los necesitados, y así no sobrecargar a la Iglesia con ello (cf. CA II 63,1)¹¹⁰.

Estas afirmaciones están en consonancia con lo que ya Pablo había visto como sentido de su propio trabajo: «no ser gravoso a nadie» (1Ts 2,9; 2Ts 3,8). Y por otro lado, con la exhortación de Efesios para que quien era ladrón trabaje «haciendo algo útil para que pueda hacer partícipe al que se halle en necesidad» (Ef 4,28), es decir, que en línea del dicho del Señor, el trabajo es un modo de hacer realidad, el «mejor es dar que recibir» (cf. Hch 20,35)¹¹¹. El trabajo, sea el que sea, tiene la finalidad honda de compartir, uno de los elementos nucleares del evangelio, y una vez más con gratuidad, porque no se pide que se devuelva a cambio.

Ahora bien, el trabajo tiene también otra finalidad, esencial en la educación de los hijos: que no caigan en la holgazanería (DA 22; cf. CA IV 11,1). El no trabajar y estar ocioso es considerado un hecho muy grave. Tanto la DA 13 como las CA II 63, dirán que Dios aborrece a los pere-

¹¹⁰ La *Did.* 13 no incidirá en el aspecto de la ayuda a los necesitados, sino que vinculará la exhortación al trabajo con el no estar perezosos, por todos los males que de ahí se derivan. Aspecto este que también aparece en las *Constituciones apostólicas* en el desarrollo que su autor hace a continuación del pensamiento que hemos señalado.

¹¹¹ Lucas habla de «débiles», equivalente a «necesitados» (cf. Ef 4,28). Recuerda a los presbíteros de Éfeso que compartan su suerte con los necesitados, cuya debilidad no les permite trabajar. «Se comenzó a pensar que Lucas se refería a los cristianos “débiles en la fe” cuando el clero, pasado ya mucho tiempo, no gana su sustento con el trabajo manual».

zosos. La preocupación que subyace en estos ordenamientos eclesiásticos es que *la ociosidad lleve a los hijos* (tiene en la mente a los de clases más acomodadas) a estar más en contacto con el entorno pagano, y por tanto se contagien de costumbres, modos de hacer y hablar, etc.¹¹². En sus exhortaciones señalan el peligro de la holgazanería que conduce al vicio. Se valen de citas escriturísticas para justificar su posición, en concreto, en Pr 6,6-11, donde se habla del trabajo como virtud y de la ociosidad como vicio; y de las palabras de Pablo: quien no trabaje que no coma (cf. 2Tes 3,10).

Los textos sobre la educación de los hijos insisten en que el trabajo que se les enseñe esté de acuerdo con la religión y la moral cristiana («enseñadles oficios aptos y acomodados a la Palabra, dirán las CA IV 11,1 y «aptos y acomodados al temor de Dios», dirá la DA 22). Está ampliamente testimoniado en la tradición cristiana primitiva desde muy temprano que los cristianos nunca se dedicarán a ocupaciones, negocios o profesiones al margen de su religión. Ya Efesios 4,28 insta a no robar y Tertuliano defendiéndose de la acusación de que los cristianos son improductivos dirá: «Confesaré abiertamente quienes, si acaso, pueden lamentarse verdaderamente de la improductividad de los cristianos. Los primeros serán los que regentan prostíbulos, los alcahuetes, los que sirven a las prostitutas; después los asesinos, los vendedores de venenos, los magos; del mismo modo que los visionarios, los adivinos, los astrólogos» (*Apologet.* 43,1). En *De idolatría* 10, Tertuliano rechaza que los cristianos sean maestros en escuelas paganas porque considera que participan de la idolatría. También Hipólito lo hace, aunque concede que si no tiene otra profesión que pueda ejercer, continúe siendo maestro (*Tradición apostólica* 16.5).

Además los textos cristianos incluyen otras profesiones no aptas para cristianos: actores, escultores y artistas, magos, astrólogos, los que hacen amuletos, soldados (a menos que se nieguen a obedecer las órdenes de matar) (*Tradición Apostólica* 6). También los ordenamientos eclesiásticos contienen listas de oficios y ocupaciones no aptas para los cristianos, en algunos casos lo que se discute es el modo de ejercerlas (*DA* 18 y *CA IV* 6,4-5). Entre ellos se incluyen: «quienes atribulan a la viuda,

¹¹² Encontramos aquí el primer texto cristiano que habla de limitar el contacto con el entorno pagano como un elemento a subrayar en la educación. San Jerónimo lo desarrollará también posteriormente.

oprimen al huérfano, llenan las cárceles con inocentes... y devastan ciudades enteras, a los abogados que ejercen la defensa con injusticia, a los fabricantes de ídolos, a los ladrones, a los publicanos injustos, a los que falsifican pesos y medidas, al soldado que acusa en falso —porque no se contenta con su sueldo, sino que extorsiona a los pobres—, al asesino, al verdugo, al juez injusto que manipula los procesos, al que maquina contra los hombres... al usurero». Y el Crisóstomo advertirá que los padres han de cuidar para que sus hijos no se dediquen a profesiones que conllevan pecado y que tenga especial vigilancia sobre el modo de ejercerlas, especialmente con algunas, como por ejemplo, el servicio en el ejército (*De Inani* 89). La verdadera riqueza está en no desear grandes posesiones o en rodearse de riquezas, sino en no necesitar nada. De ahí que les aconseje a no preocuparse tanto por enseñar a sus hijos profesiones lucrativas cuanto por vivir despegado de las riquezas (*Hom. in Eph.* XXI).

4. CONCLUSIÓN: LECCIONES E IMPULSOS PARA HOY

En medio de los profundos cambios que se dan en las sociedades actuales, los desafíos que se plantean hoy a la educación cristiana en la familia son enormes. La mirada a los orígenes cristianos, y en concreto a las apuestas por una vida familiar que fuera realmente a modo de «iglesia doméstica» y que fuera «fermento» en medio de sus sociedades, es muy sugerente e iluminadora.

En sociedades como las nuestras donde «ha aumentado la «desertificación» espiritual», a la vez que son cada vez más claros los signos de la sed de Dios y del sentido último de la vida, se necesitan hombres y mujeres, también familias que con sus palabras y obras sean como brújulas que indiquen el camino hacia el Dios de la Vida¹¹³.

Los testimonios de los primeros siglos que se ocupan de la responsabilidad de los padres en la educación de los hijos son memoria de la transcendencia del deber paterno-materno de educar a sus hijos, un deber ineludible e insustituible. Les toca a ellos, en palabras del Vaticano II, comprometerse en «crear un ambiente de familia animado por el amor,

¹¹³ Cf. Homilía de Benedicto XVI, Eucaristía de apertura del año de la fe en el Vaticano (11 de octubre de 2012).

por la piedad hacia Dios y hacia los hombres, que favorezca la educación íntegra personal y social de los hijos»¹¹⁴.

Esta formación integral supone, en *primer lugar*, fortalecer —y en muchos casos recuperar— la familia como ámbito en el que vivir y transmitir la fe a las nuevas generaciones. Los textos cristianos nos recuerdan que las familias están llamadas a ofrecer una educación que no persigue solamente la madurez propia de la persona, ni la preocupación porque tengan estudios que les garanticen un futuro, sino que pide la implicación de los padres en la tarea de ayudar a que sus hijos se hagan cada día más conscientes del don de la fe y que requiere de ellos el deber de darles a conocer la fe, y el compromiso de vivir y dar testimonio del Evangelio con obras y palabras¹¹⁵.

No se trata de repetir de manera arqueológica los procedimientos y métodos empleados por los primeros cristianos, sino de repensar de manera creativa cómo es posible generar un ambiente familiar en el que se cultive el desarrollo de la interioridad, el hábito de leer y orar con la Escritura juntos, de abrir espacios en los que padres e hijos puedan crecer juntos en la conciencia de cómo Dios se hace presente en la vida de cada miembro de la familia y de otros hombres y mujeres. El modelo de los primeros hombres y mujeres cristianos invita así a descubrir en la familia el gusto de alimentarse con la Palabra de Dios, transmitida por la Iglesia, y el Pan de la vida en la Eucaristía (cf. Jn 6,51)¹¹⁶.

Pero todo ello, en esta época de la instantaneidad, requiere ensayarse en la permanencia, en el tiempo regalado. Requiere hacer espacio en las agendas, priorizar tareas e intereses, poner a los hijos en el primer lugar. Supone también que los padres se preocupen por formarse de manera sistemática en los contenidos de la fe, porque siendo los primeros maestros en la fe de sus hijos, han de saber dar razón de su esperanza (cf. 1Pe 3,15), pero también que se atrevan a vivir en primera persona esa relación con Dios que transforma y compromete la vida.

La familia es, *además*, la primera escuela de las virtudes sociales, que todas las sociedades necesitan, unas virtudes que llevan el «sello» del Evangelio y son expresión de una nueva forma de valorar y comprender, de vivir y comprometerse con la historia. Los textos ponen de relieve vir-

¹¹⁴ Cf. *Gravissimum educationis*, 3; cf. *Familiaris consortio*, 36.

¹¹⁵ Cf. *Gravissimum educationis*, 2.

¹¹⁶ Cf. *Porta fidei*, 2012.

tudes, es decir, hábitos o disposiciones para hacer el bien que se adquieren con la práctica, cuya necesidad en el mundo actual es innegable: *a)* invitan a cultivar un modo de hablar de los otros que no dañe a las personas, que deje atrás formas y maneras agresivas y que sea, por el contrario, expresión de reconocimiento de la otra persona, de bondad y generosidad; *b)* hablan de recuperar la relevancia de la humildad como ese haber aprendido a posponerse ante Dios y ante los otros; *c)* urgen a la generosidad dejando atrás la codicia y la envidia, y a implicarse en la defensa de los derechos de las otras personas; *d)* proponen un modo renovado de vivir la sexualidad.

En *tercer lugar*, los testimonios cristianos invitan hoy a las familias a ser sal y luz en el mundo, dando testimonio con las obras del Proyecto de amor de Dios para toda la humanidad. Sin ánimo de ser exhaustivos hemos elegido algunas dimensiones en las que las primeras comunidades fueron ejemplo de singularidad de vida en medio del mundo. La educación de sus hijos no estuvo al margen de esas praxis que hablaban por sí mismas de *habitar sus propias patrias como forasteros* (*Carta a Diogneto*, V, VI).

Estas enseñanzas son de tremenda actualidad y constituyen un desafío en nuestras sociedades del bienestar que han condenado al anonimato y a la desaparición a millones de seres humanos y que tienen su mirada puesta en la ostentación, en el placer como único objetivo de vida, en la competitividad que genera exclusión e injusticia. Los textos del cristianismo primitivo se decantan por una sociedad que no sea indiferente ante la pobreza y las condiciones materiales insuficientes e inhumanas de muchas personas y apuestan por compartir los bienes —con los límites, que sin duda tuvo ese compartir—. Se arriesgan a denunciar aquellas profesiones, o aquellos modos de desempeñarlas, que son claramente opuestos al evangelio, no pactando en esto con el mundo. Nada de esto puede estar ajeno a la educación que los hijos reciben en la familia. La formación se nutre y se hace más sólida cuando en el contexto familiar se apuesta por la austeridad, la solidaridad y el compartir, por la sencillez y el cultivo de la mirada atenta y sensible a la realidad de los otros, cuando los hijos ven cómo sus padres viven aquello que enseñan y se comprometen concreta y realmente en la vida cotidiana, en sus trabajos y relaciones, con los valores del evangelio.

En síntesis, la esperanza viva a la que los creyentes han nacido por la fe (1Pe 1,3) se transparenta en sus palabras, pero también en unas obras

que dan razón de su esperanza y que sobre todo hacen creíble su testimonio, atrayendo a otros hombres y mujeres al Dios de Jesús y a la esperanza que de él viene, una esperanza que no es puramente intrahistórica, sino que se sustenta en la soberanía y la fidelidad de Dios otorgadas ya a la humanidad en el Sí de Jesucristo (1Pe 1,21). Una esperanza que les lleva igualmente a obrar el bien y actuar de acuerdo a la voluntad de Dios que evaluará sus acciones y actitudes.